

EL SUEÑO
SECRETO
DEL DUQUE

CRESSIDA BLYTHEWOOD

Cressida Blythewood

El Sueño Secreto del Duque

Copyright © 2024 by Cressida Blythewood

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

First edition

*This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com*

Contents

- [1. Un Plan Secreto en Marcha](#)
- [2. Un Duque Sospechoso](#)
- [3. Louis y sus “Misiones”](#)
- [4. El Secreto de Adelaide](#)
- [5. Un Juego del Gato y el Ratón](#)
- [6. El Baile Perfecto](#)
- [7. Sospechas Crecientes](#)
- [8. El Desvío Inesperado](#)
- [9. El Encanto de la Cabaña](#)
- [10. El Lado Práctico de un Duque](#)
- [11. Los Regalos Hechos a Mano](#)
- [12. Una Cálida Noche en Familia](#)
- [13. Una Revelación Inesperada](#)
- [14. Una Promesa Junto al Fuego](#)
- [15. Una Historia de Amor](#)
- [16. Una Noche para Recordar](#)
- [17. La Silenciosa Maravilla de la Mañana de Navidad](#)
- [18. La Travesura de la Bola de Nieve](#)
- [19. Una Propuesta Sincera en la Nieve](#)
- [20. El Viaje a Casa](#)
- [21. Una Sorpresa Navideña Después de Todo](#)
- [22. Celebrando con Los Seres Queridos](#)
- [23. Una Tradición Navideña en Familia](#)

[About the Author](#)

[Also by Cressida Blythewood](#)

Un Plan Secreto en Marcha

Louis tiró del extremo de la guirnalda, su carita arrugada en una mueca de concentración mientras intentaba pasar una cinta por una rama de abeto. El lazo, demasiado grande para sus pequeñas manos decididas, se tambaleaba, negándose a cooperar.

—¿Está bien así, papá? —preguntó, volviéndose hacia mí con una seriedad que casi me hizo reír.

Me arrodillé a su lado y ajusté la cinta, dándole un último tirón para asegurarla.

—Perfecto, hijo mío —le dije, revolviéndole el cabello con rapidez—. Eres todo un decorador nato.

El pecho de Louis se hinchó de orgullo mientras daba un paso atrás para admirar su obra. Verlo tan satisfecho consigo mismo me conmovió profundamente. La paternidad estaba llena de estos momentos, pequeñas revelaciones en las que lo observaba y sentía una extraña y tranquila alegría florecer en mi interior. Un propósito que no había esperado encontrar. Y ahora, tenerlo como mi pequeño cómplice en esta sorpresa navideña añadía un significado que no podía expresar con palabras.

—Papá —susurró, inclinándose como si fuera a compartir un gran secreto — ¿por qué no podemos decírselo a mamá?

Eché un vistazo a nuestro alrededor, fingiendo cautela, y me acerqué a él.

—Porque, Louis, si se lo decimos, ya no será una sorpresa —susurré, como si Adelaide estuviera escondida tras alguna esquina. Sus ojos se abrieron con comprensión y asintió, apretando los labios con firmeza, como si sellara el secreto.

Me quedé observándolo mientras se alejaba tambaleándose con otro tramo de guirnalda, sujetándola con toda la seriedad que un niño de tres años podía reunir. Al verlo me di cuenta, una vez más, de lo preciosos que eran estos momentos. Esta Navidad no se trataba de gestos grandiosos ni de impresionar a nuestro círculo social. No, esto era para ella, para mi Adelaide. Quería que sintiera la emoción de nuestra primera Navidad juntos, que entrara en ese

salón de baile y sintiera de nuevo la chispa que compartimos en aquel entonces.

Fue en ese salón donde me impactó por primera vez. Estaba bailando, riendo con un grupo de amigos, y aunque la sala estaba llena de gente, de algún modo ella comandaba toda la luz. Me quedé prendado. Recordaba lo nervioso que estuve al acercarme a ella, un nerviosismo que no había sentido en años. Esa noche cambió mi vida por completo y, todos estos años después, quería recordarle ese comienzo.

Miré la lista de tareas en mi mano, meticulosamente llena de notas y detalles. Había pasado el último mes organizándolo todo, desde el color de las cintas hasta la disposición exacta de las velas en cada mesa. Quería que cada detalle coincidiera con esa noche. Las guirnaldas, las flores, el aroma a canela y pino en el aire... todo tenía que ser perfecto. Quería que sintiera como si retrocediera en el tiempo, al momento en que bailamos juntos por primera vez.

—¡Papá! —el susurro de Louis me sacó de mis pensamientos. Levanté la mirada para verlo agitando la mano con una sonrisa conspiradora. Señalaba la enorme corona que planeábamos colgar sobre la entrada del salón. Era casi tan grande como él, envuelta en cintas verdes y rojas, con racimos de piñas y bayas de acebo entrelazados en las ramas.

—¿Puedo ayudarte a ponerla? —preguntó con demasiada emoción, sus ojos brillando de entusiasmo.

Me agaché a su altura y presioné un dedo contra mis labios.

—Recuerda, es un secreto —dije suavemente, y él asintió, sus mejillas redondeadas dibujando una sonrisa mientras imitaba mi gesto de silencio—. Ahora, ¿qué te parece si me pasas las bayas de acebo? Yo me encargaré de lo más pesado.

Con solemnidad, metió la mano en la caja de bayas y me las pasó una por una, moviendo sus pequeñas manos con un cuidado que me hizo sonreír. Sentí una oleada de gratitud por esta vida que habíamos construido. Adelaide, Louis, nuestro hogar... todo superaba lo que alguna vez pude imaginar para mí.

—Papá, ¿ya casi es Navidad? —preguntó, con una mezcla de impaciencia y asombro en su voz.

—Sí, hijo mío. Solo faltan unos días —respondí—. Y cuando llegue Navidad, sorprenderemos a mamá con la noche más mágica que haya tenido.

Louis sonrió, contagiándome su entusiasmo. Sentí cómo la anticipación crecía también en mí. Pero tenía que admitir que mantener el secreto comenzaba a ser agotador. Adelaide ya había notado mis desapariciones y mis “reuniones”. Había visto las miradas que me lanzaba, las preguntas que no formulaba. Pero si le decía algo, arruinaría la sorpresa, y esta Navidad necesitaba ser especial. Una sorpresa que jamás olvidara.

Observé a Louis acercarse a inspeccionar otra parte del salón, sus pequeños dedos acariciando las cintas mientras tarareaba suavemente para sí mismo. Había algo puro en su manera de moverse, en cómo parecía encantado con la idea del secreto. En cierto modo, me recordaba a Adelaide: cómo ella también

encontraba alegría en las cosas más simples. La manera en que reía cuando la sorprendía con flores o cómo sus ojos se iluminaban al ver a Louis aprendiendo algo nuevo.

Sí, esta sorpresa era para darle una noche inolvidable, pero también era mi manera de mostrarle cuánto la amaba, en la mejor forma que sabía.

—Louis —lo llamé, y se giró, su pequeña cara iluminándose mientras corría de regreso hacia mí—. ¿Qué crees que deberíamos hacer ahora?

—¡Luces! —respondió, su voz llena de asombro.

—Luces serán —asentí, poniéndome de pie—. Vamos a hacer que este salón brille más que nunca.

Louis sonrió, prácticamente saltando de emoción, y supe que si este plan salía como esperaba, valdría cada esfuerzo, cada momento de secretismo. Esta era nuestra primera Navidad como una verdadera familia, y si lograba mostrarle a Adelaide aunque fuera una fracción de lo que ella me había dado — un propósito, calidez, un hogar— sería una Navidad que ninguno de nosotros olvidaría.

Louis tiró de mi manga, sacándome de mis pensamientos.

—¡Vamos, papá! ¡Tenemos trabajo que hacer!

Me reí, despeinándolo una vez más.

—De acuerdo, pequeño ayudante. Pongámonos manos a la obra.

Mientras lo veía correr para buscar más cintas, sentí de nuevo esa tranquila alegría florecer en mi pecho, esparciendo calor por todo mi ser. Sí, esta Navidad sería una para recordar.

Y, con un poco de suerte, una que también quedaría grabada en su corazón.

Un Duque Sospechoso

Algo estaba pasando con Bastian.

Siempre había presumido de conocer bien a mi esposo, mejor que nadie. Reconocía esa mirada que ponía cuando estaba particularmente orgulloso, el gesto de pellizcarse el puente de la nariz cuando algo lo frustraba, o esa ligera sonrisa que le aparecía cada vez que Louis hacía algo que lo divertía. Pero últimamente, Bastian estaba... diferente. Más reservado, escabulléndose con Louis, lanzando miradas por encima del hombro y cambiando rápidamente de tema cada vez que entraba en la habitación.

Le preguntaba dónde había estado, y él respondía con un vago: «Solo atendiendo algunos asuntos», antes de desaparecer en otra reunión. Cuando insistía en los detalles, me respondía con una pequeña sonrisa traviesa, una de esas que solían significar que tramaba algo. Pero ni siquiera esa sonrisa lograba disipar la sensación de que estaba ocultando algo importante.

Y luego estaba Louis, susurrando emocionado con su padre, lanzándome miradas furtivas antes de taparse la boca como si casi hubiera revelado un gran secreto. Ayer lo encontré en el salón, sosteniendo una cinta del tamaño de su cabeza, y cuando le pregunté qué estaba haciendo, se puso rojo y tartamudeó algo sobre «el trabajo secreto de papá».

—Louis, cariño, ¿qué es ese trabajo secreto? —le pregunté, intentando mantener un tono ligero.

Él solo sacudió la cabeza, con los ojos abiertos como platos, como si le hubiera pedido que confesara sus secretos más profundos.

—No puedo decírtelo, mamá. Papá dijo que es una gran, gran sorpresa —susurró, inclinándose como si hasta las paredes pudieran escucharlo.

No tuve corazón para insistir, especialmente al verlo tan decidido. Pero el misterio me carcomía. Bastian no era de esos que planeaban sorpresas triviales —eso siempre me lo dejaba a mí. Si estaba organizando algo, tenía que ser importante. Y el hecho de que hubiera reclutado a Louis lo hacía aún más inusual.

Esta mañana, mientras veía a Bastian desaparecer en su estudio, sentí una

repentina urgencia de seguirlo, de preguntarle directamente qué estaba planeando. Pero entonces Louis irrumpió en la sala, tirando de mí para jugar al escondite, y decidí dejarlo pasar, por ahora. Después de todo, era solo cuestión de tiempo antes de que Bastian cometiera un desliz, y yo estaría lista cuando lo hiciera.

Aun así, comencé a observarlo más de cerca de lo habitual, estudiando la manera en que se movía por la casa con propósito, sus pasos sorprendentemente ligeros. Había un resorte en su andar, y de vez en cuando lo sorprendía mirándome con esa misma sonrisa astuta.

Una tarde, lo encontré justo cuando salía del salón, sosteniendo una larga tira de cinta verde. Se quedó congelado al verme, y por un breve segundo, un destello de algo —¿culpa? ¿sorpresa?— cruzó por su rostro. Luego escondió la cinta detrás de su espalda con demasiada naturalidad.

—¿Y qué haces con esa cinta, Bastian? —pregunté, cruzándome de brazos.

—Oh, solo... reutilizándola —respondió con un encogimiento de hombros, intentando parecer despreocupado. Pero sus ojos lo traicionaron, brillando con un toque de picardía.

—¿Reutilizándola para qué? —insistí, dando un paso más cerca—. ¿Y adónde te escapas todas las mañanas?

Él simplemente se rió, alzando una mano para apartar un mechón suelto de mi rostro.

—Ya lo verás, mi amor. Todo a su debido tiempo.

Entrecerré los ojos, pero él solo sonrió con esa sonrisa tan exasperante antes de deslizarse a mi lado, dejándome en el pasillo, perpleja y cada vez más curiosa.

Este era el hombre en quien confiaba más que en nadie en el mundo, el hombre que me había mostrado nada más que honestidad y lealtad desde el día en que nos conocimos. Si tenía un secreto, no me cabía duda de que era uno que consideraba digno de guardar. Y sin embargo, no podía evitar sentir la necesidad de descubrirlo por mí misma.

Al día siguiente, decidí reclutar un poco de ayuda del cómplice más involuntario: Louis.

—Cariño —dije con naturalidad mientras ponía una taza de chocolate caliente frente a él— ¿qué estabais haciendo ayer tú y papá?

Los ojos de Louis brillaron, pero apretó los labios, claramente luchando contra el impulso de contármelo todo.

—Mamá —susurró, inclinándose como si fuera a compartir un secreto prohibido— papá dijo que es la sorpresa más grande de todas. ¡Más grande que... que... que el caballo de juguete del año pasado!

Tuve que contener una sonrisa ante su esfuerzo por mantener el secreto.

—¿Más grande que el caballo de juguete? —repetí—. Vaya, eso sí que es grande.

Asintió con seriedad, pero entonces su pequeña boca tembló, como si no

pudiera contenerse sin compartir al menos un pequeño detalle más.

—No puedo decir más, mamá, pero... tiene cintas —susurró, como si esa mínima pista pudiera delatarlo todo.

—¿Cintas, dices? —Eché un vistazo alrededor, fingiendo interés, aunque mi curiosidad no hacía más que crecer—. Cintas. Verdes y rojas. ¿Qué estará planeando con eso?

Louis volvió a asentir y luego, incapaz de contenerse, añadió:

—Y una habitación muy, muy grande.

Parpadeé, tratando de encajar las piezas con la poca información que tenía: cintas, una habitación grande, y la mayor sorpresa de todas. ¿El gran salón de baile, tal vez? Pero ¿por qué estaría haciendo algo en el salón de baile, de todos los lugares? Apenas lo usábamos, salvo para reuniones importantes en las fiestas, que rara vez organizábamos fuera de Navidad.

Esa noche, mientras yacía junto a Bastian en la cama, debatí si debía preguntarle directamente. Parte de mí quería confrontarlo, exigirle que revelara lo que estaba ocultando. Pero entonces, al observarlo, noté el ligero pliegue en su frente, la manera en que las comisuras de su boca se curvaban incluso mientras dormía. Se veía... tranquilo. Feliz.

Fuera lo que fuera este secreto, lo hacía feliz. Y quizá, pensé, era momento de dejar que me sorprendiera. Había pasado años cuidando de él, de nuestra casa, de Louis. Quizá esta era su manera de devolverme el favor.

Me giré hacia él, apoyando ligeramente mi mano sobre la suya, y decidí que podía esperar un poco más. Después de todo, si mi esposo estaba planeando una sorpresa, merecía la satisfacción de revelarla a su manera.

Pero eso no significaba que no mantendría los ojos abiertos en busca de pistas. Una mujer, al fin y al cabo, siempre debía estar preparada.

Y si él pensaba por un momento que podía mantenerme en la oscuridad hasta Navidad, estaba a punto de llevarse una pequeña sorpresa él mismo.

Louis y sus “Misiones”

Louis tiraba de mi mano mientras nos dirigíamos al salón de baile, sus pequeñas piernas prácticamente dando saltos de emoción.

—¿De verdad es la sorpresa más grande de todas, papá? —susurró, con los ojos bien abiertos, como si las paredes mismas pudieran escucharnos.

—Bueno, ese es el plan —le respondí en un susurro, mirando hacia abajo para ver su carita iluminada de entusiasmo—. Vamos a hacer que esta Navidad sea inolvidable para mamá. Se merece algo especial, algo... mágico.

Los pequeños dedos de Louis se apretaron alrededor de los míos. Eran momentos como este los que me hacían sentir agradecido de formas que nunca hubiera imaginado. Aquí estaba yo, un duque, conocido por planes calculados y decisiones controladas, pero esto —crear un hermoso recuerdo para Adelaide, con nuestro hijo a mi lado— era algo completamente distinto. Personal. Importante.

Cuando llegamos a las puertas del salón de baile, los ojos de Louis se abrieron aún más. La habitación estaba llena de decoradores y sirvientes, todos moviéndose entre coronas, cintas y elegantes arreglos de ramas verdes y velas. El aire estaba impregnado de un aroma a pino y canela, mezclado con el tenue perfume de flores frescas. Observé a Louis absorbiendo todo aquello, con su pequeña boca formando una “O” perfecta mientras intentaba asimilar la vista.

—¡Papá, es tan... grande! —exclamó, su voz resonando en los altos techos.

Me arrodillé a su lado, colocando una mano en su hombro.

—Es grande porque la noche de las sorpresas es importante. Y cada pequeño detalle aquí —cada flor, cada vela, cada cinta— está diseñado para recordarle algo especial a mamá. ¿Ves esas flores de allá? —señalé hacia un conjunto de ramos que estaban ensamblando al otro lado de la habitación—. Son rosas, las mismas que llevaba en el cabello la noche en que la vi por primera vez.

Louis miró las rosas con una nueva reverencia, su pequeño rostro se puso serio al absorber esta información.

—Entonces... ¿todas las flores son para mamá?

Asentí, mirando las rosas y recordando aquella noche: la luz reflejándose en

su cabello, la manera en que reía con tanta alegría, tan despreocupada.

—Sí. Cada uno de estos detalles tiene un recuerdo detrás, algo especial que hará que recuerde todos los momentos hermosos que hemos compartido.

Él asintió solemnemente, como sopesando lo que había dicho, mientras caminaba a mi lado hacia el centro de la habitación. Pasamos junto a un conjunto de candelabros decorados con ramitas de acebo, y se detuvo, señalándolos.

—¿Estos también tienen un recuerdo, papá?

—Sí, claro que sí —no pude evitar sonreír—. El acebo es por Navidad, nuestra primera Navidad juntos como familia. Poníamos acebo y bayas en cada habitación porque a tu mamá le encanta. Cada año pasa horas arreglándolo de las formas más creativas, y este año quise recordarle eso.

Louisladeó la cabeza, estudiando el acebo con la misma intensidad que reservaba para sus juguetes favoritos.

—¿La hará feliz, papá?

—Eso espero —le respondí, apretando su hombro—. A veces, recordar esas pequeñas cosas, esos recuerdos, puede hacer que una persona se sienta querida.

Seguimos caminando por la habitación, deteniéndonos de vez en cuando mientras Louis examinaba cada detalle con la intensidad propia de un niño de tres años. Cada cinta, cada rama, cada vela ahora parecía significar algo para él, y me preguntaba sobre cada una, queriendo saber qué significaban para mamá.

Finalmente, llegamos al gran candelabro en el centro de la habitación, adornado con guirnaldas de pino y pequeños adornos de vidrio que atrapaban la luz como si fueran estrellas. Louis levantó la mirada, sus ojos llenos de asombro.

—Papá, es como... como magia.

—Sí, lo es —dije, sintiendo una satisfacción al verlo tan impresionado—. Eso es exactamente lo que quería. Magia para mamá.

Asintió, su mano deslizándose en la mía mientras seguía mirando hacia arriba, completamente fascinado.

—¿Y haces todo esto solo para ella?

—Sí, solo para ella —respondí, sorprendiéndome de lo fácil que era admitirlo—. Porque se lo merece, cada pequeño detalle.

Louis se quedó callado por un momento, absorbiendo el significado de mis palabras de esa manera silenciosa que los niños tienen a veces. Luego me miró, su pequeña cara llena de determinación.

—Yo te ayudaré, papá. Quiero que mamá también esté feliz.

—Entonces vamos a asegurarnos de que cada detalle sea perfecto, ¿de acuerdo? —le dije, sintiendo un calor extenderse dentro de mí al verlo asentir con entusiasmo.

Juntos recorrimos la habitación, inspeccionando cada arreglo, ajustando una cinta aquí, enderezando una vela allá. Le conté sobre la música que

tocaríamos, cómo era la misma pieza con la que bailamos aquella primera noche, y cómo la había elegido para recordarle ese momento, lo que significó estar con ella por primera vez.

—¿Mamá bailará contigo? —preguntó Louis, con los ojos muy abiertos de expectación.

—Eso espero —le respondí con una sonrisa—. Planeo pedírselo, igual que aquella primera noche. Solo que esta vez no pienso soltarla.

Louis se echó a reír, y el sonido era pura alegría, rebotando en las paredes y llenando la habitación con un calor que ninguna decoración podía igualar.

—Eres muy raro, papá —dijo, mirándome con una sonrisa.

—Puede que sí —admití, inclinándome para levantarlo en brazos—. Pero cuando se trata de hacer sonreír a tu mamá, puedo ser tan raro como haga falta.

Nos quedamos allí juntos, observando el salón decorado, y no pude evitar sentir un inmenso orgullo. Esto no era solo un gesto grandioso, ni un baile, ni un despliegue elegante. Era una manera de recordarle a Adelaide todo lo que habíamos vivido juntos: lo bueno, lo difícil, lo hermoso. Una forma de mostrarle que, sin importar cuánto tiempo hubiera pasado, ella seguía siendo la luz de mi vida, la que logró derribar cada muro que alguna vez levanté.

Cuando salimos del salón, sentí la pequeña mano de Louis apretada en la mía, y me sorprendió lo mucho que había crecido en tan poco tiempo. Aquí estaba, mi pequeño ayudante, tomándose todo tan en serio como si fuera la misión más importante del mundo.

Y quizá, pensé, lo era.

Después de todo, el amor se construía con esos pequeños momentos, esos gestos silenciosos que decían más que mil palabras. Y cuando llegara la Navidad, esperaba que Adelaide pudiera ver eso en cada detalle de esa noche. Que sintiera el amor tejido en cada cinta, cada luz, cada rosa.

Miré a Louis, que ahora balbuceaba sobre las cintas y el acebo, su mano aún aferrada a la mía. Seguía siendo un niño pequeño, inocente y lleno de asombro, pero de alguna manera, en ese salón, sentí que entendía más sobre el amor de lo que jamás podría enseñarle.

Con una última mirada al salón, sonreí. La Navidad estaba cerca, y sería perfecta.

Para ella.

Para todos nosotros.

El Secreto de Adelaide

Mientras envolvía con cuidado el pequeño regalo en la tranquilidad de mi habitación, imaginé la expresión de Bastian al abrirlo en la mañana de Navidad. Lo conocía bien—detrás de su semblante reservado y su inclinación a actuar como el estoico Duque, había un hombre cuyo corazón latía con fuerza por su familia. Este regalo, este pequeño detalle, sería el comienzo de un nuevo capítulo para nosotros, uno que él no esperaba.

Mientras doblaba con delicadeza la cinta alrededor de la diminuta caja, mis pensamientos se desviaron hacia su reciente comportamiento. Bastian había estado actuando de manera extraña durante semanas, escapándose en los momentos más inesperados con Louis a cuestas, susurrando con complicidad y lanzándome esas sonrisas enigmáticas que me desesperaban cada vez que le preguntaba qué tramaba. Nunca había sido de los que guardan secretos conmigo, pero esta vez estaba tan hermético como un libro cerrado con llave. Podía sentir su emoción, como si él también llevara consigo un secreto, algo tan precioso como el que yo sostenía en mis manos.

Alisé los pliegues del papel con los dedos, asegurándome de que cada doblez quedara perfecto. Este regalo era sencillo—demasiado sencillo, quizá, para un Duque—, pero era especial. Un pequeño colgante con forma de corazón, con una grabación en el interior que decía: *Uno más en camino*. Me imaginé los ojos de Bastian abriéndose de par en par al leer las palabras, comprendiendo su significado. Quería sorprenderlo. Ver cómo el asombro daba paso a la felicidad, ver esa rara y desarmada sonrisa que tanto amaba.

Dejando el pequeño obsequio a un lado, atrapé mi reflejo en el espejo. Me veía como siempre, y sin embargo, había un brillo en mis ojos, un rubor en mis mejillas que no podía ignorar. Parte de mí deseaba correr al estudio de Bastian y contárselo todo en ese mismo momento, pero la idea de que abriera el regalo en la mañana de Navidad, rodeado por nuestra pequeña familia, era demasiado hermosa para resistirla. Nunca había sido buena para guardar secretos, especialmente no de él, pero estaba decidida a mantener este hasta Navidad. Sería el regalo perfecto.

Mientras terminaba de envolverlo, no podía dejar de pensar en las misteriosas actividades de Bastian. Si era honesta, su secretismo me estaba volviendo loca de curiosidad. Había probado de todo—preguntar a Louis, sorprender a Bastian en el pasillo, incluso fingir que necesitaba su ayuda con pequeñas tareas para mantenerlo cerca. Sin embargo, él seguía siendo tan críptico como siempre, mirándome con esa sonrisa traviesa, como si ocultara alguna gran sorpresa.

—¿Qué estás tramando, Bastian? —murmuré para mí misma, entre divertida y frustrada.

Como si mis pensamientos lo hubieran convocado, escuché su voz desde el piso de abajo, baja y tranquilizadora, seguida por la inconfundible risa de Louis. Los dos se habían vuelto prácticamente inseparables en estas últimas semanas, como si estuvieran en alguna gran aventura de la que solo ellos sabían los detalles. Verlos juntos, tan cómplices, hizo que una sonrisa se dibujara en mi rostro, incluso mientras mi curiosidad seguía herviendo a fuego lento.

Había intentado convencerme de que, fuera lo que fuese, no podía ser algo tan grandioso—Bastian no era precisamente conocido por sus gestos románticos. Y, sin embargo... algo en su mirada me decía lo contrario. A veces me miraba con los ojos suavizados, con un destello de emoción que era difícil pasar por alto. Era como si apenas pudiera contenerse de contarme, de envolverme en alguna gran revelación.

—Oh, Bastian —suspiré, levantando la pequeña caja y acunándola entre mis manos—. Sea lo que sea lo que estés planeando, espero que sea tan maravilloso como lo que te espera en la mañana de Navidad.

Un golpe en la puerta me sobresaltó, y rápidamente escondí el regalo en un cajón.

—Adelante —llamé, tratando de mantener la voz tranquila.

La puerta se abrió con un leve chirrido, y el rostro de Louis asomó por la rendija, sus ojos brillando con picardía.

—¡Mamá! —susurró, como si aún estuviera guardando uno de los muchos secretos que compartía con Bastian—. ¡Papá dice que es hora del té!

—¿De verdad? —sonreí, extendiéndole la mano para que entrara—. ¿Y papá dijo algo más?

Louis negó con la cabeza, sus rizos rebotando al hacerlo. Se acercó trotando, sus pequeñas manos aferrando algo detrás de su espalda. Apenas alcancé a ver un destello de hilo verde esmeralda y dorado asomando.

—¿Qué tienes ahí, cariño? —pregunté, inclinando la cabeza y tratando de mantener un tono casual.

Louis me miró, con los ojos abiertos de par en par, y abrazó el lazo con fuerza contra su pecho. Dio un paso hacia atrás, como si quisiera proteger su tesoro.

—Es un secreto, mamá —dijo, con su pequeña voz impregnada de la solemnidad de un caballero protegiendo a su rey.

—¿Un secreto, dices? —me arrodillé, esforzándome por no reírme—. ¿Y papá dijo que debías guardar este secreto de mí?

Louis se detuvo, frunciendo el ceño como si estuviera pensando profundamente. Asintió vigorosamente, luciendo muy serio.

—Sí, mamá. Papá dice que es muy, muy grande.

—Vaya —dije, abriendo los ojos con fingido asombro—. ¿Un secreto grande, eh? Bueno, no querría arruinar el secreto de papá, ¿verdad?

Louis soltó un suspiro de alivio y me sonrió, con un brillo travieso en los ojos.

—No, mamá. Papá dijo que tenemos que esperar hasta que esté listo —vaciló un momento y luego añadió en un tono de confidencia—. Y dijo que ya casi está listo.

—¿Casi listo? —pregunté, fingiendo un jadeo de asombro—. Bueno, eso suena emocionante. Tendré que ser paciente, ¿verdad?

Louis asintió con entusiasmo. Extendió su pequeña mano hacia mí, con los dedos ligeramente pegajosos, sin duda de alguna aventura previa en la cocina.

—¡Vamos, mamá! ¡Papá está esperando!

Tomé su mano, dejando que me guiara hacia la puerta.

—Está bien, está bien, ya voy. Pero, Louis, me lo dirás si el secreto se vuelve demasiado pesado para guardar, ¿verdad?

Él se rió, mirándome por encima del hombro con una sonrisa.

—No es pesado, mamá. ¡Es feliz!

—¿Feliz, dices? —sonreí, sintiendo cómo la calidez se expandía en mi pecho—. Bueno, ese suena como el mejor tipo de secreto.

—¡Mamá, date prisa! —instó Louis, tirando de mi mano mientras llegábamos a la puerta del salón.

—Está bien, está bien —reí, dejando que me llevara hacia adelante—. No hagamos esperar más a papá.

Me lanzó una última sonrisa traviesa antes de abrir la puerta de golpe, su emoción casi palpable. Y en ese momento, me di cuenta de que no necesitaba saber el secreto todavía; la alegría en los ojos de Louis era más que suficiente. Fuera lo que fuera la sorpresa que me esperaba, sabía que sería perfecta porque estaba llena del amor de aquellos que significaban todo para mí.

Cuando entramos al salón, Bastian ya estaba sirviendo el té, de espaldas a nosotros. Me tomé un momento para observarlo, admirando su porte—seguro de sí mismo, sereno, pero con una ternura que reservaba solo para nosotros. Debió de sentir mi mirada porque se giró, atrapándome en el acto. Su boca se curvó en esa sonrisa familiar y cómplice, la que siempre lograba derretir cualquier molestia o impaciencia que pudiera estar sintiendo.

—¿Todo está bien, mi amor? —preguntó, entregándome una taza de té con un toque de picardía en los ojos. Conocía bien esa mirada. Era la que usaba cuando pensaba que había ganado ventaja sobre mí, como si supiera exactamente cuán curiosa estaba por lo que él y Louis estaban tramando.

—Perfectamente —respondí, devolviéndole la mirada con calma—. Aunque me pregunto cuántas más “reuniones” tendrán tú y Louis antes de Navidad. Seguro que ya se les están acabando las cosas que planear.

—Oh, todavía tenemos algunos trucos bajo la manga —replicó con suavidad, con un destello en los ojos mientras tomaba un sorbo de su té—. No te preocupes, Adelaide. Pronto lo sabrás todo.

Solté un leve resoplido, fingiendo exasperación.

—Bueno, eso espero. No me gusta que me mantengan en la oscuridad, ¿sabes?

Él rió, extendiendo la mano a través de la mesa para apretar la mía con suavidad.

—Paciencia, querida. Todo se revelará a su debido tiempo.

Mientras lo miraba, esa chispa de emoción volvió a encenderse en mi pecho, mezclándose con el entusiasmo por el secreto que guardaba. Fuera lo que fuera lo que él estaba planeando, esperarí—porque la idea de ver su rostro cuando desenvuelva mi pequeño regalo en la mañana de Navidad valdría cada segundo de impaciencia.

Y quizá, solo quizá, su sorpresa también valdría la pena.

Un Juego del Gato y el Ratón

El suave murmullo de los susurros de Louis se colaba por el pasillo, sacándome de la tranquilidad de la mañana. Reconocí de inmediato ese tono conspirador, esa voz que había adoptado últimamente siempre que estaba con Bastian. Todo resultaba tan peculiar: las escapadas furtivas, los secretos, las reuniones en voz baja sobre “misiones” que se negaban a contarme. No podía negar que el misterio comenzaba a afectarme.

—Louis, necesitaremos esta cinta —oí decir a Bastian en un tono suave—. Y recuerda, que no se entere nadie.

Me asomé con cautela por la esquina y los vi, inclinados el uno hacia el otro, Louis sujetando una cinta carmesí con una mano y mirando a Bastian como si fuera un caballero en una misión. Mi corazón se enterneció al verlos—mis dos traviesos, tan absortos en su propio mundo. Pero la curiosidad me carcomía. ¿Qué podrían estar planeando con tanto secretismo?

—Papá —susurró Louis, sus ojos dirigiéndose rápidamente hacia mi dirección— ¿está mamá cerca?

Me aparté de inmediato, presionándome contra la pared para evitar ser descubierta. Parte de mí quería reír ante lo absurdo de esconderme en mi propia casa. Pero allí estaba, una duquesa, espiando a su marido y a su hijo.

—No, no, creo que estamos a salvo —respondió Bastian, con una sonrisa en su voz—. Vamos, tenemos que terminar antes de que nos descubra.

Me acerqué más, con la esperanza de escuchar algo más. Comenzaron a caminar, y antes de pensarlo mejor, decidí seguirlos. Mis pies se movieron casi por instinto mientras los perseguía por el pasillo, pegada a las paredes, intentando no hacer ruido. Sentí un pequeño escalofrío, como si fuera un personaje de novela, deslizándome entre las sombras, decidida a descubrir la verdad.

Me guiaron por el corredor hasta el salón de baile—¡por supuesto, el salón de baile! Bastian había pasado semanas desapareciendo en esa dirección, arrastrando a Louis con él, y cada vez que intentaba investigar, la puerta estaba firmemente cerrada. Ahora tenía mi oportunidad. Podría colarme, atraparlos

en el acto y finalmente descubrir qué habían estado escondiendo.

Me acerqué con cuidado, intentando no respirar demasiado fuerte al llegar a las puertas del salón. Justo cuando estaba a punto de entrar, la voz de Bastian resonó desde el otro lado.

—Adelaide, puedes salir ahora.

Me congelé. Pillada con las manos en la masa, me quedé allí, maldiciendo mi falta de sigilo. ¿Cómo demonios había sabido que estaba allí? Me enderecé, intentando recuperar algo de dignidad, y empujé las puertas para entrar al salón.

Bastian y Louis estaban en el centro de la sala, ambos mirándome con idénticas sonrisas traviesas. Louis, bendito sea, ya estaba riéndose, cubriéndose la boca con las manos mientras me miraba con ese mismo brillo de picardía que tantas veces había visto en su padre.

—¿Siguiéndonos ahora, eh? —dijo Bastian, con un tono ligero y divertido, y pude ver la diversión danzando en sus ojos.

—Oh, solo tengo curiosidad —respondí, fingiendo inocencia—. Después de todo, no es algo de todos los días encontrar a mi esposo y a mi hijo conspirando contra mí.

Louis miró a Bastian, una amplia sonrisa extendiéndose por su rostro.

—¡Papá, atrapamos a mamá! —exclamó, aplaudiendo con alegría.

—Sí, lo hicimos —asintió Bastian, con sus ojos fijos en los míos, ese brillo de travesura intensificándose—. Pero no podemos dejar que arruines nuestra “misión”, ¿verdad?

Antes de que pudiera responder, la cara de Bastian se iluminó, y se agachó al lado de Louis, susurrándole algo que hizo que los ojos de mi hijo brillaran con emoción.

—Louis, creo que es hora de un juego —dijo, poniéndose de pie y mirándome con un desafío tácito que me invitaba a seguirle la corriente.

—¿Qué clase de juego? —pregunté, alzando una ceja.

Louis corrió hacia mí, tirando de mi mano, su rostro radiante de entusiasmo.

—¡A las escondidas, mamá! —anunció, prácticamente saltando de alegría.

—¿A las escondidas? —miré a Bastian, entornando los ojos, pero su expresión era completamente inocente, como si no acabara de convertir mi intento de espiar en un juego para distraerme. Sabía exactamente lo que hacía, el hombre astuto.

Bastian se inclinó, nivelando su rostro con el de Louis.

—¿Qué te parece si tú y yo nos escondemos, Louis, y dejamos que mamá nos encuentre?

Louis soltó un chillido de emoción, y antes de que pudiera decir una palabra, ambos salieron corriendo del salón, desapareciendo por el corredor. Suspiré, negando con la cabeza mientras me resignaba al juego.

—¡Está bien! —grité, colocando mis manos en las caderas—. ¡Pero os

encontraré!

Sus risas resonaron de vuelta, y no pude evitar sonreír. Probablemente se escondían cerca, esperando que los atrapara. Por mucho que me frustrara la pequeña treta de Bastian, también sentí una extraña calidez en el pecho. Esta alegría, este juego ligero, formaba parte de nuestro matrimonio, algo que atesoraba. Incluso en los gestos más pequeños, encontraba la manera de llenar nuestra vida de risas y calidez.

Recorrí el pasillo, llamando sus nombres, fingiendo buscar detrás de cortinas y alrededor de las esquinas.

—Oh, ¿dónde estarán? —dije en voz alta, esperando tentarlos a salir.

Atrapé un vistazo de un pequeño pie de Louis asomándose detrás de las pesadas cortinas de terciopelo cerca de la ventana. Contuve una risa y me acerqué lo más silenciosamente que pude, sintiendo un cosquilleo de emoción casi infantil.

—¡Te encontré! —grité, tirando de la cortina con una sonrisa.

Louis soltó un grito de alegría, prácticamente saltando a mis brazos, su risa resonando por el pasillo. Rodeó mi cuello con sus pequeños brazos, aún riéndose mientras enterraba su carita en mi hombro.

Bastian salió de detrás de una columna cercana, riendo mientras nos miraba.

—Bien hecho, amor —dijo, con una sonrisa que apenas contenía su diversión—. Has logrado pillarnos en el acto.

—¿Ah, sí? —le lancé una mirada juguetona—. Supongo que eso significa que tendrás que contarme cuál es este gran secreto.

Bastian negó con la cabeza, su sonrisa ensanchándose.

—Todavía no. Pronto lo sabrás todo, lo prometo.

Suspiré, lanzándole un falso puchero.

—Estás disfrutando esto demasiado.

Se acercó, inclinándose para depositar un beso en mi frente.

—Tal vez —murmuró con suavidad—. Pero te aseguro que valdrá la pena esperar.

Louis tiró de mi mano, mirándome con ojos enormes.

—Va a ser la mejor sorpresa de todas, mamá —susurró, su carita seria y solemne.

—Oh, no tengo duda de eso —respondí, apretando su pequeña mano—. Especialmente si tú y papá estáis a cargo.

Bastian y yo intercambiamos una mirada, un entendimiento silencioso pasando entre nosotros. Este momento, este juego, este pequeño baile de secretos y sorpresas, era parte de la vida que habíamos construido juntos. Y aunque su negativa a contarme lo que planeaba me volvía loca, no pude evitar sentir una chispa de emoción al pensar en lo que me esperaba.

Pasamos el resto de la mañana jugando, nuestras risas llenando los pasillos. Puede que hoy no haya descubierto su secreto, pero sabía que, fuera lo que

fuera, lo que Bastian planeaba estaba hecho con amor. Y eso, por sí solo, valía la espera.

El Baile Perfecto

El salón de baile estaba en silencio, bañado en el suave resplandor dorado de la luz de las velas mientras permanecía de pie en su centro. Los sirvientes habían terminado los preparativos del día, y parecía como si la propia habitación contuviera la respiración, esperando que la noche cobrara vida. Cerré los ojos, dejando que el silencio me envolviera mientras imaginaba el momento en que Adelaide entrara en la sala, con sus ojos iluminados de sorpresa y asombro.

Había elegido cuidadosamente la canción para nuestro baile, y había tardado más de lo que admitiría en decidirme por la adecuada. Pero al escuchar las primeras notas, supe al instante que era la indicada. Era la misma canción que sonaba la noche en que la vi por primera vez. Recordaba cómo la había observado desde el otro lado de la sala, cautivado por su risa, por la gracia natural en sus movimientos mientras se balanceaba al ritmo de la música con un grupo de amigos. En ese instante, sentí como si la multitud que llenaba la sala desapareciera, dejándonos solo a ella y a esa melodía que la envolvía como un hechizo.

No pude evitar sonreír al recordarlo, ese extraño nerviosismo que sentí al acercarme, medio convencido de que haría el ridículo. Ni siquiera se dio cuenta de mí al principio; sus ojos estaban fijos en sus amigas, su risa era brillante y despreocupada. Pero cuando se giró y nuestras miradas se cruzaron, sentí que algo cambiaba. Algo que no puedo explicar y que, sin embargo, era tan claro, como encontrar algo que no sabías que estabas buscando.

Esta noche, quería recrear esa magia para ella. Quería que sintiera cada fragmento de esa maravilla, esa emoción, esa promesa silenciosa que compartimos en nuestro primer baile. Quería que supiera, sin lugar a dudas, que mi corazón era suyo—y siempre lo había sido, desde ese primer momento.

El salón estaba listo, vestido con tonos de verde profundo y cálidos dorados, con guirnaldas colgadas a lo largo de las paredes y velas colocadas estratégicamente para proyectar una luz suave e íntima. Arreglos de rosas adornaban cada rincón, su aroma mezclándose con el del pino en el aire. Cada

detalle, cada elemento, había sido elegido pensando en ella. Era como si hubiera derramado una parte de mi corazón en cada decoración, en cada vela, en cada lazo de cinta.

Respiré hondo, sintiendo una extraña mezcla de nervios y emoción. No era alguien dado a los sentimentalismos—sabía que era más práctico que romántico. Pero por Adelaide, quería hacer una excepción. Quería que viera ese lado de mí, el que la amaba con fuerza y profundidad, incluso si a menudo fallaba en demostrarlo.

Mientras imaginaba cómo se desarrollaría la velada, sentí una tensión familiar asentarse en mi pecho. Soy un hombre acostumbrado al control, al orden, a tener cada detalle en su lugar. Y sin embargo, la idea de verla entrar en este salón, verla por primera vez, me hacía sentir un destello de nerviosismo. ¿Y si no era suficiente? ¿Y si, a pesar de toda mi planificación, no lograba capturar ni una fracción de lo que siento por ella?

Sacudí la cabeza, recordándome respirar. Esto no se trataba de perfección, sino de nosotros. De darle un recuerdo que llevar consigo, una noche que pudiera recordar y sentirse querida, amada. No necesitaba deslumbrarla con grandeza. Solo necesitaba que sintiera mi corazón en cada pequeño detalle, en cada momento.

Caminé hacia el centro del salón, y en el silencio, casi pude escuchar las primeras notas de la canción. Me permití imaginarlo: su mano en la mía, el tacto delicado de sus dedos descansando contra mi palma. La guiaría en los primeros pasos, sintiendo el suave susurro de su vestido, su aliento a solo centímetros del mío. Imaginé su rostro, el calor en su mirada, la forma en que inclinaría ligeramente la cabeza mientras reía, dejándome ver esa chispa que me había cautivado desde el principio.

Había algo intemporal en la idea de nosotros bailando juntos, como si estuviéramos suspendidos en ese momento, desconectados de todo lo demás, unidos por algo más profundo que las palabras. Quería darle eso—un escape, un instante en el que solo existiéramos nosotros, envueltos en la música, en la calidez, en el suave resplandor de las velas.

Mientras permanecía allí, perdido en mis pensamientos, no pude evitar sentir gratitud. Gratitud por la vida que habíamos construido, por Louis, por cada momento compartido, incluso los difíciles. Ella fue quien me enseñó que el amor no se encontraba solo en los gestos grandiosos, sino en los pequeños momentos cotidianos que nos mantenían unidos. Ella era mi ancla, mi hogar, mi todo.

Mi mano se movió casi instintivamente hacia mi bolsillo, donde había guardado un pequeño colgante de plata, uno que planeaba darle antes de nuestro baile. Era sencillo, un delicado corazón grabado con nuestras iniciales, nada extravagante, pero llevaba consigo una parte de mi promesa hacia ella. Que, sin importar cómo pasaran los años, ni los desafíos que enfrentáramos, mi corazón siempre sería suyo.

Exhalé, imaginando cómo sonreiría al verlo, cómo sus dedos se cerrarían alrededor de él, un pequeño recordatorio de nosotros. Probablemente me tomaría el pelo por mi repentino sentimentalismo, pero no me importaba. Ella se había ganado cada pedazo de mi corazón, cada palabra suave, cada momento silencioso de afecto. Y esta noche, quería que sintiera todo eso.

Mientras me giraba para salir del salón, un ligero sonido de movimiento captó mi atención. Levanté la vista y vi a una de las sirvientas junto a la puerta, esperando pacientemente con un fajo de terciopelo verde en sus brazos—la tela para los últimos detalles de las mesas. Le hice un gesto de aprobación, y se retiró en silencio, dejándome solo una vez más.

Eché un último vistazo al salón, y sentí una pequeña paz asentarse en mi interior. Ahora podía imaginarlo con claridad: el resplandor de las luces, la calidez de su mano en la mía, la música llenando el aire, envolviéndonos en un suave abrazo. Ella lo vería, lo entendería. Comprendería, sin necesidad de palabras, cuánto significaba para mí.

Cuando llegara la celebración, le daría el baile perfecto. Un recuerdo para atesorar, una promesa renovada. Y mientras cerraba las puertas del salón detrás de mí, apenas podía esperar a que lo viera.

Sospechas Crecientes

La vela junto a nuestra cama parpadeaba suavemente, proyectando un cálido resplandor dorado que llenaba la habitación de sombras y luz. Bastian estaba tumbado a mi lado, con los ojos cerrados y la respiración lenta y regular, como si ya estuviera a punto de dormirse. Pero yo sabía mejor. Podía sentir la energía latente bajo su exterior calmado, una anticipación silenciosa que llevaba días suspendida en el aire.

No podía soportarlo más. Su evasividad, esas sonrisas misteriosas, las susurradas “misiones” con Louis... todo estaba volviéndome medio loca de curiosidad. Me giré para mirarlo, apoyándome en un codo mientras estudiaba su rostro relajado.

—¿Vas a decirme alguna vez qué es lo que estás tramando? —pregunté, rompiendo el silencio de la habitación con mi voz.

Él abrió un ojo, dejando entrever un brillo de diversión detrás de su fingida somnolencia.

—¿Hmm? ¿De qué estás hablando?

Dejé escapar un suave resoplido, cruzando los brazos.

—Sabes perfectamente a qué me refiero, Bastian. Has estado desapareciendo casi todos los días, susurrando con Louis como si los dos estuvierais tramando algún gran plan. Y cada vez que pregunto, me miras con esa expresión tan exasperante.

Abrió los ojos del todo entonces, observándome con una leve sonrisa.

—¿He sido tan obvio?

—Completamente —respondí, entornando los ojos hacia él—. Es desesperante.

No respondió de inmediato; en lugar de eso, se giró hacia mí, tomando mi mano con la suya, sus dedos trazando suaves patrones en el dorso de mi mano. Su toque era delicado, su expresión cálida y burlona. Me miraba como si guardara un gran secreto, algo que solo él podía saber, y eso encendió una chispa de frustración en mí.

—Bastian —insistí, mi voz mezclando súplica e impaciencia—. Por favor.

Solo dímelo.

Él solo sonrió, esa sonrisa evasiva y exasperante que parecía decirme todo y nada a la vez.

—Lo sabrás, Adelaide —murmuró, su voz baja—. Todo a su debido tiempo.

Suspiré, sintiéndome al mismo tiempo frustrada y encantada. Tenía esa manera de mirarme que hacía que mi corazón latiera con fuerza, incluso cuando lograba sacarme de quicio. Y aunque quería seguir insistiendo, parte de mí estaba intrigada, curiosa por saber qué podría ser tan importante como para mantenerlo tan celosamente guardado. Tenía que ser algo grande, algo maravilloso, si lo cuidaba con tanto esmero.

—¿Sabes lo frustrante que eres? —murmuré, aunque el filo en mi voz se había suavizado.

Sus labios se curvaron, dejando entrever ese destello de diversión que iluminaba su mirada.

—Lo has mencionado una o dos veces.

—Entonces deja de ser frustrante y dímelo —insistí, mi tono una mezcla de broma y seriedad.

Sacudió la cabeza, riéndose entre dientes.

—Adelaide, mi amor, la paciencia nunca ha sido tu fuerte.

—No cuando se trata de que me ocultes cosas —repliqué, entornando los ojos hacia él—. No me gustan los secretos.

Sus dedos se deslizaron hasta apartar un mechón de cabello de mi rostro, colocándolo suavemente detrás de mi oreja.

—No es un secreto, mi querida —murmuró, su voz suave y tierna—. Es... una sorpresa.

—Oh, no empieces con eso —bufé, rodando los ojos—. Suenas igual que Louis. Todo el día es: “¡Mamá, es una sorpresa! ¡Papá dice que no puedo contar nada!” Es peor que tú.

Los labios de Bastian se curvaron ligeramente, una pizca de orgullo mezclándose con su sonrisa.

—Es leal, nada más.

—Leal e insoportable —murmuré, sintiendo un leve rubor subir a mis mejillas mientras seguía mirándome con esa mirada suave y constante.

—Adelaide —dijo, su tono volviéndose serio, sus ojos oscureciéndose mientras buscaban los míos—. ¿Confías en mí?

La pregunta me tomó por sorpresa, su sinceridad atravesando mi frustración juguetona. Lo miré, viendo la profundidad de su amor, esa promesa silenciosa que estaba reteniendo, y sentí que mi corazón se ablandaba.

—Claro que confío en ti —susurré—. Sabes que lo hago.

—Entonces confía en mí un poco más —murmuró, inclinándose hacia mí, su rostro tan cerca que podía sentir su aliento contra mi mejilla—. Te prometo que pronto entenderás todo.

Abrí la boca para protestar, pero sus labios encontraron los míos antes de

que pudiera hablar, silenciándome con un beso que era a la vez suave y posesivo. La frustración que había sentido momentos antes se desvaneció, derritiéndose en una calidez que se extendió por todo mi cuerpo mientras su mano acariciaba mi mejilla, acercándome más.

Me besó profundamente, su boca cálida y segura contra la mía, una silenciosa garantía de que, cualquiera que fuera su plan, era para mí, para nosotros. Sentí cómo me hundía en él, el misterio de sus intenciones desdibujándose mientras sus labios se movían sobre los míos, firmes y pausados, como si tuviera todo el tiempo del mundo para convencerme de dejarlo pasar.

La tensión en mi cuerpo se desvaneció, reemplazada por una sensación de rendición mientras sus brazos me rodeaban, sosteniéndome con fuerza. Se apartó lo suficiente para mirarme, sus ojos llenos de una ternura que hizo que mi corazón se acelerara.

—¿Puedes ser paciente un poco más, mi amor? —preguntó suavemente, sus dedos acariciando ligeramente mi mandíbula.

Sentí cómo una sonrisa asomaba a mis labios, una mezcla de afecto y exasperación llenándome mientras lo miraba.

—Eres imposible, Bastian —susurré.

—Tal vez —dijo, dejando escapar una suave risa—. Pero te prometo que valdrá la pena.

Suspiré, sabiendo que no lograría sacarle nada más esta noche. Pero al acomodarme contra su pecho, sintiendo el ritmo constante de su corazón bajo mi mejilla, descubrí que no me importaba tanto como pensaba. Había un consuelo en sus brazos, una tranquila seguridad de que, cualquiera que fuera la sorpresa que tenía preparada, valdría la espera.

Presionó un suave beso en mi frente. Sentí cómo la mano de Bastian recorría mi espalda, sus dedos dibujando un camino lento y reconfortante, un gesto que con los años se había vuelto tan familiar. Era una invitación silenciosa, una que nunca había necesitado poner en palabras.

—Adelaide —murmuró, su voz como un ruego suave, mientras sus labios rozaban mi sien y luego mi mejilla, descendiendo con una intención que dejaba poco lugar a dudas.

—¿Hmm? —respondí, sonriendo contra su hombro, incluso mientras me apartaba sutilmente, disfrutando del pequeño poder que sabía que tenía sobre él.

Su brazo se tensó a mi alrededor, acercándome de nuevo, su mano descansando en mi cintura.

—No me digas “hmm”. Sabes perfectamente lo que te estoy pidiendo —susurró, su aliento cálido contra mi piel.

Giré la cabeza ligeramente, lo suficiente para atraparlo con mi mirada, y le dediqué una sonrisa juguetona.

—¿De verdad?

Soltó una risa baja y tranquila, un sonido que reverberó a través de su pecho mientras presionaba un beso en el borde de mi mandíbula.

—No pretendas ser inocente ahora, mi amor. Ambos sabemos que no voy a dejar que te escapes tan fácilmente.

Contuve una carcajada, alejándome lo justo para mirarlo con una expresión de falsa seriedad.

—No lo sé, Bastian. Estás guardándome tantos secretos... ¿Por qué debería recompensar un comportamiento tan evasivo?

Él arqueó una ceja, con la sombra de una sonrisa asomando en sus labios.

—Ah, ¿esto es una especie de venganza ahora?

—Tal vez —dije, intentando mantener un tono ligero, aunque sentía cómo un leve rubor subía a mis mejillas. Siempre había sido terrible para resistirme a él, y lo sabía perfectamente.

Dejó escapar un suspiro suave, sacudiendo la cabeza como si dijera: *De acuerdo, dos podemos jugar a este juego.*

—Muy bien, entonces —dijo, dejando que su mano ascendiera para trazar un delicado camino a lo largo de mi clavícula, su toque ligero como una pluma y exasperantemente persuasivo—. Sabes, por supuesto, que puedo ser tan persistente como tú.

—Oh, de eso no tengo duda —respondí, intentando mantener la voz firme, aunque sentía cómo su mano descansaba en la curva de mi cuello, su pulgar rozando mi pulso de una manera que hacía difícil pensar con claridad. Pero mantuve mi resolución, sabiendo que si cedía ahora, él solo se volvería más insoportable.

—Entonces hagamos una tregua —dijo suavemente, inclinándose hasta que su rostro quedó a escasos centímetros del mío, su mirada fija y cálida—. Dime qué tengo que hacer para ganarme tu perdón.

Sacudí la cabeza, mordiéndome el labio para no reír mientras colocaba mi mano contra su pecho, manteniéndolo a raya.

—Podrías empezar por decirme qué has estado haciendo con Louis.

Se detuvo un momento, el más leve destello de travesura brillando en sus ojos.

—¿Eso es lo que quieres?

—Lo es —respondí, dándole mi mejor mirada severa—. Sabes que puedo ser muy terca, Bastian.

Rió suavemente, un sonido profundo y rico que llenó la habitación mientras se recostaba, resignándose a su aparente derrota.

—Bueno, si eso es lo que se necesita para ganarme tu favor, supongo que tendré que soportarlo.

—¿Soportarlo? —repetí, alzando una ceja con fingida ofensa—. Lo dices como si fuera una gran carga.

—Lo es —murmuró, alcanzando a apartar un mechón de cabello de mi rostro, su expresión suavizándose mientras me miraba—. Me estás torturando,

¿lo sabes?

Sonreí, incapaz de resistirme al calor de su mirada.

—Entonces considérelo una motivación. Cuanto antes me lo digas, antes podría reconsiderarlo.

Suspiró, sus labios curvándose en una sonrisa reticente.

—Eres más cruel de lo que pensé, Adelaide.

—Solo cuando insistes en guardarme secretos —respondí, inclinándome lo justo para rozar un beso ligero contra su mejilla, dejándole apenas un toque antes de apartarme.

—Buenas noches, Bastian.

Su brazo se tensó una vez más alrededor de mí, pero esta vez dejó escapar un suave suspiro resignado, sacudiendo la cabeza con una sonrisa.

—Buenas noches, mi amor.

Mientras me acomodaba en el hueco de su brazo, sentí su leve risa vibrar contra mi costado mientras me mantenía cerca, y supe que, al menos por ahora, había ganado este pequeño juego nuestro. Pero mientras cerraba los ojos, sintiendo su calor junto a mí, también sabía que no sería el último de sus intentos.

Y, de alguna manera, me descubrí esperando con ansias el próximo.

El Desvío Inesperado

Los copos de nieve danzaban fuera de la ventana del carruaje, llenando el mundo con un silencio mágico. Por fin había llegado la Nochebuena, y mientras me sentaba junto a Bastian, sosteniendo la mano de Louis, no podía evitar sentir una mezcla de emoción y anticipación. Habíamos salido de casa para dar un tranquilo paseo en carruaje antes de que comenzaran las festividades, buscando disfrutar de un breve momento juntos en la calma de la noche nevada antes de regresar con nuestros amigos y familiares.

Louis había rogado que hiciéramos un desvío para ver las decoraciones festivas del pueblo cercano, ansioso por admirar las luces y escuchar los villancicos en la plaza del pueblo. La noche prometía estar llena de celebración, y ahora nos dirigíamos de regreso al baile. Las festividades nos esperaban, y, si mis sospechas eran correctas, también la sorpresa que Bastian había estado planeando en secreto. Pensar en ello hacía que no pudiera dejar de sonreír.

Louis estaba casi saltando de la emoción, con la mirada pegada al remolino de nieve tras la ventana.

—Papá, ¿va a nevar toda la noche?

—Quizás —respondió Bastian con una cálida sonrisa, revolviéndole el cabello—. Pero eso solo hace que sea más emocionante, ¿no crees?

Louis asintió con entusiasmo, sus ojos agrandándose mientras presionaba su cara contra el vidrio, empañándolo con su aliento. Solté una pequeña risa, sintiendo cómo mi corazón se llenaba de amor por ambos. Hacía mucho tiempo que no sentía esta clase de felicidad pura y desbordante, una sensación de que todo en mi mundo estaba exactamente como debía estar.

—¿Tienes ganas de esta noche? —la voz de Bastian me sacó de mis pensamientos, y me giré para encontrarlo mirándome, su mirada cálida, su mano descansando sobre la mía.

—Muchísimo —respondí, sonriéndole—. Estoy deseando descubrir qué es lo que me has estado ocultando.

Un destello de travesura iluminó sus ojos.

—Paciencia, mi amor. Todo a su debido tiempo.

Rodé los ojos, aunque mi corazón se aceleró al escuchar sus palabras. Estaba disfrutando demasiado con esto, y aunque tenía mis teorías sobre su “gran sorpresa”, estaba más que feliz de dejarle disfrutar. Después de todo, esta noche yo también tenía mi propio secreto que compartir, uno que apenas podía contener dentro de mí. Imaginé su reacción cuando abriera la pequeña caja que había guardado en el bolsillo de mi abrigo y sentí una oleada renovada de emoción.

La nieve comenzó a caer con más fuerza, arremolinándose alrededor del carruaje en densos y pesados copos que dificultaban ver el camino. Miré por la ventana, sintiendo una leve punzada de preocupación mientras el carruaje disminuía la velocidad, las ruedas crujiendo sobre la nieve cada vez más espesa.

—¿Está todo bien? —pregunté, mirando a Bastian.

Él echó un vistazo por la ventana, frunciendo el ceño mientras observaba la nieve acumulándose.

—Solo está un poco más fuerte de lo esperado. Nada que no podamos manejar.

Pero la nieve continuó cayendo, y el carruaje terminó por detenerse. El cochero abrió la pequeña compuerta para asomarse al interior, con una expresión de disculpa.

—Lo siento, Su Excelencia —dijo, tocándose el sombrero—. El camino está bloqueado más adelante, y la nieve está cayendo demasiado rápido para continuar. Hay una pequeña cabaña en lo alto de la colina. Es del cuidador de la finca cercana, y estoy seguro de que no le importará que pasen allí la noche. Puedo prepararla rápidamente para que se refugien. Me aseguraré de que esté cálida y cómoda antes de atender a los caballos.

Miré a Bastian, buscando alguna señal de preocupación en su rostro, pero simplemente asintió, con una expresión tranquila.

—Muy bien. Pasaremos la noche en la cabaña. Gracias.

Apretó suavemente mi mano, su toque era tranquilizador.

—No te preocupes, Adelaide. Será... un poco diferente de lo planeado, pero estaremos seguros y cálidos.

Exhalé, asintiendo mientras miraba a Louis, quien parecía encantado con la idea de una nueva “aventura”.

—Bueno, parece que nos espera una noche acogedora —dije con una sonrisa, apretando su manita—. Guíanos, mi valiente caballero.

Louis rió emocionado, encantado con el cambio inesperado de planes, y recogimos nuestras cosas mientras bajábamos del carruaje. El cochero ya había corrido hacia la cabaña para prepararla, encendiendo el fuego y asegurándose de que todo estuviera listo. El viento era frío y mordaz, y la nieve helaba mis mejillas, pero Bastian rodeó mi cintura con su brazo, su fuerza una presencia reconfortante mientras subíamos la colina hacia la cabaña.

A través de la bruma de nieve apareció una pequeña construcción rústica: una cabaña sencilla, con humo saliendo de la chimenea de piedra y un cálido

resplandor derramándose por las ventanas. Parecía sacada de un cuento de hadas, enclavada entre los árboles cubiertos de nieve.

Bastian abrió la puerta, y entramos, recibidos por una ráfaga de calor y el tenue aroma del humo de leña. La cabaña era pequeña pero acogedora, con una modesta chimenea crepitando en una esquina. El cochero había trabajado rápido, asegurándose de que todo estuviera cálido y listo antes de volver a atender a los caballos. Junto a la chimenea había un sofá desgastado pero cómodo, algunas mantas dobladas sobre una silla cercana y una tetera colgada sobre el fuego, llenando la habitación con un aroma reconfortante.

—Bueno —dijo Bastian, quitándose el abrigo y colgándolo junto a la puerta — quizá no sea la velada grandiosa que tenía en mente, pero será memorable.

Louis, siempre adaptable, ya estaba explorando, con sus pequeñas manos recogiendo una de las mantas mientras comenzaba a construir lo que solo podía ser un “fuerte” junto a la chimenea. Solté una carcajada, sintiendo cómo una cálida sensación se instalaba en mi pecho al verlo. La simplicidad de todo —la cabaña acogedora, la nieve afuera, la suave luz del fuego— se sentía extrañamente perfecta.

—Voy a alimentar el fuego —dijo Bastian, arremangándose mientras se arrodillaba junto al hogar, añadiendo más leña a las llamas—. Enseguida estaremos más cálidos.

Me acomodé en el sofá, sintiendo una inesperada tranquilidad mientras lo observaba trabajar, sus movimientos firmes y seguros. Era un duque, un hombre acostumbrado al lujo y la grandeza, y sin embargo, aquí estaba, perfectamente a gusto en esta humilde cabaña, concentrado solo en mantenernos seguros y cálidos.

Cuando el fuego estuvo rugiendo, Bastian se sentó a mi lado, rodeándome con un brazo. Louis se acurrucó entre nosotros, enterrándose en las mantas con un bostezo somnoliento.

—Es diferente —murmuré, apoyando mi cabeza en su hombro— pero me gusta.

La mano de Bastian encontró la mía, entrelazando nuestros dedos mientras apretaba suavemente.

—Me alegra —dijo en voz baja—. A veces... las cosas no salen como planeamos. Pero tal vez ahí esté la magia.

Lo miré, atrapando la ternura en su mirada, y sentí que mi corazón daba un vuelco. A pesar de toda su planificación y precisión, Bastian siempre había sabido cómo adaptarse, cómo encontrar belleza en lo inesperado. Era mi fortaleza, mi calma en medio de la tormenta, y esta noche, con la nieve cayendo copiosamente afuera y el fuego chisporroteando a nuestro lado, sentí su amor más profundamente que nunca.

Nos quedamos en silencio, la calidez del fuego y el peso de su brazo alrededor de mí envolviéndome en una nube de paz. Quizá la noche no había salido como estaba planeada, pero de alguna manera, esto se sentía aún más

especial: nuestro pequeño refugio, lejos de las formalidades de nuestras vidas.

Mientras me acurrucaba más cerca de él, sintiendo el ritmo constante de su corazón bajo mi mejilla, pensé en el regalo que seguía guardado en mi bolsillo. No habría un gran salón esta noche, ni una multitud de invitados, pero tal vez este escenario era mejor. Íntimo, tranquilo, perfecto a su manera.

Bastian apretó ligeramente mi hombro, rompiendo el silencio con una voz suave:

—Adelaide, sé que esto no era lo que planeábamos, pero... gracias por confiar en mí. Por estar aquí conmigo.

Lo miré, sintiendo un torrente de emociones mientras nuestras miradas se encontraban. Había algo vulnerable en sus ojos, una gratitud silenciosa que me dejó sin aliento.

—Y gracias a ti —susurré— por hacer de cada momento—planeado o no—uno hermoso.

Él sonrió, y durante un momento simplemente nos abrazamos, dejando que el calor del fuego y la calma de la cabaña nos envolvieran como una manta.

Mientras la nieve seguía cayendo, supe que esta noche, en esta pequeña cabaña rodeados de lo más sencillo, habíamos encontrado una magia que ni siquiera el salón más lujoso podría igualar.

El Encanto de la Cabaña

La cabaña era pequeña y humilde, un mundo aparte de la vida que solíamos llevar. Y, sin embargo, al cobijarme dentro de sus rústicas paredes, sentí una calidez inesperada, como si aquel lugar nos abrazara. Los aromas a leña y pino se mezclaban en el aire, arraigándome en una realidad que se sentía casi irreal. Me recosté, dejando que la simplicidad del lugar me envolviera.

Bastian, sin embargo, ofrecía una imagen completamente distinta. A pesar de su habitual confianza tranquila, estaba claramente fuera de su elemento. El hombre acostumbrado a una vida de comodidad y servicio ahora se encontraba navegando un mundo sin ninguno de los lujos con los que había crecido. Contuve una risa al verlo intentar apilar leña, torpe con los troncos de una manera que traicionaba lo extraño que le resultaba esa tarea.

Debió darse cuenta de que lo estaba observando, porque esbozó una sonrisa un tanto avergonzada.

—Un poco diferente de nuestras acomodaciones habituales, ¿no crees? —bromeó, logrando finalmente apilar los troncos junto a la chimenea en una pila bastante irregular.

—Solo un poco —respondí, sonriendo mientras me acomodaba en un viejo y chirriante sillón junto al hogar—. Pero creo que me gusta.

En verdad, había algo encantador en verlo fuera de su elemento, lidiando torpemente con tareas que serían sencillas para alguien menos protegido. Nunca lo había visto así, luchando con cosas tan ordinarias, pero de algún modo esa torpeza lo hacía aún más entrañable. Estaba intentando, tropezando con su propia inexperiencia, pero decidido a hacernos sentir cómodos en nuestra estancia.

—Louis —llamó, haciendo un gesto para que nuestro hijo se acercara— ¿qué te parece si hacemos algo especial para mamá?

Los ojos de Louis se iluminaron con entusiasmo, y Bastian lo guió hacia la mesa baja junto a la ventana, donde habían dispuesto algunos suministros sencillos: velas, piñas y un poco de cinta roja que yo había empaquetado. Juntos, empezaron a crear un pequeño centro de mesa. Observé cómo Bastian

mostraba a Louis cómo colocar cuidadosamente las piñas alrededor de la vela, sus manos grandes moviéndose con una sorprendente delicadeza, su voz baja y paciente mientras explicaba cada paso.

Louis, tan entusiasta como siempre, siguió las instrucciones de Bastian con una seriedad que hizo que mi corazón se hinchara de ternura. Miré cómo Bastian intentaba guiarlo, aunque pronto quedó claro que él también era un aprendiz. Sus dedos tropezaban con la cinta, su ceño se fruncía en concentración mientras intentaba atar un lazo. Cada vez que intentaba girar la cinta en el ángulo correcto, esta se deslizaba, dejándole un nudo torcido.

No pude evitar reír suavemente cuando Bastian soltó un suspiro frustrado, su elegancia aristocrática reducida a la de un padre ligeramente exasperado luchando por dominar algo tan sencillo.

—Es... más difícil de lo que parece —murmuró, lanzándome una mirada acompañada de una sonrisa resignada.

—Es perfecto —lo tranquilicé, con el corazón lleno al verlo esforzarse sinceramente. A pesar de su falta de habilidad, había algo entrañable en la manera en que seguía intentándolo, incluso mientras la cinta resbalaba de sus manos y las piñas rodaban fuera de su lugar.

Finalmente, tras varios intentos fallidos y mucha “paciencia” por parte de Louis, Bastian logró atar la cinta en un lazo decente, aunque algo desigual. Colocaron el centro de mesa en el centro de la mesa, y Louis lo miró orgulloso, claramente satisfecho con su creación.

—¿Qué te parece, mamá? —preguntó Louis, girándose hacia mí con ojos grandes y llenos de esperanza.

—Absolutamente perfecto —respondí, sonriéndole cálidamente y lanzándole a Bastian una mirada cargada de admiración.

Louis sonrió ampliamente, su pequeño pecho hinchándose de orgullo. Y cuando miré a Bastian, vi algo en su expresión que me dejó sin aliento. Me miraba con una suavidad, una vulnerabilidad que rara vez mostraba. Como si, en este entorno humilde y lejos de su habitual seguridad, pudiera ver su corazón con más claridad que nunca.

Bastian se acercó, acomodándose en el sillón junto al mío, sus hombros relajándose mientras se recostaba. Miró a su alrededor, observando el espacio rústico con una calma que no esperaba.

—Parece que te sientes sorprendentemente a gusto —murmuré, estudiándolo con atención.

Él se encogió de hombros, una leve sonrisa asomando en sus labios.

—Supongo que sí.

—¿De verdad? Tú, en una cabaña, recogiendo leña y haciendo decoraciones...

Soltó una risa suave, lanzando una mirada de orgullo al improvisado centro de mesa.

—Está un poco fuera de mi repertorio —admitió— pero... hay algo

reconfortante en esto. No cambiaría nuestra vida por nada, pero nunca he necesitado mucho, Adelaide. Aquí, contigo y con Louis, siento que tengo todo lo que necesito.

Sus palabras me dejaron sin aliento, una calidez extendiéndose por mi pecho. A pesar de su elegancia y reserva, había una humildad silenciosa en él, una que rara vez salía a la superficie. Este pequeño e irrelevante momento se sentía más precioso que cualquier evento lujoso o gran gesto.

Coloqué mi mano sobre la suya, mis dedos enroscándose alrededor de los suyos.

—Eres un hombre extraordinario, Bastian —susurré, sintiendo mi corazón llenarse de gratitud—. Y no te lo digo lo suficiente.

Giró su mano para tomar la mía, su pulgar rozando suavemente mis dedos.

—Podría decir lo mismo de ti —respondió con suavidad—. Eres mi corazón, Adelaide. Todo lo que soy, todo lo que tengo... es para ti.

Durante un momento, nos quedamos en silencio, dejando que la calidez del fuego y la comodidad de la cabaña nos envolvieran. Louis, ya somnoliento, se acurrucó contra la pierna de Bastian, su pequeña carita en paz.

Bastian miró hacia abajo, observándolo con una mezcla de amor y diversión tranquila.

—Recogeré más leña por la mañana —murmuró, su voz baja y reconfortante—. Y quizás... intente preparar el desayuno.

Reí, apoyando mi cabeza en su hombro.

—No estoy segura de que te vaya bien cazando algo.

Su risa, profunda y rica, llenó la habitación con calidez.

—Entonces buscaré otra cosa. Quizás recolecte bayas, me convierta en un verdadero hombre de la naturaleza.

La idea de Bastian, el duque, aventurándose por el bosque como un superviviente me hizo reír, y él se unió, tirando de mí más cerca con su brazo. Compartir esa risa, simplemente estar con él, libres de expectativas, se sentía maravilloso.

Mientras el fuego chisporroteaba y nuestra risa se desvanecía en un cómodo silencio, sentí que algo cambiaba dentro de mí. Me di cuenta de que esta vida sencilla, esta tranquila y acogedora noche con Bastian y Louis, era todo lo que necesitaba. Los títulos, las propiedades, los bailes y las joyas... nada de eso importaba aquí. Aquí, con Bastian a mi lado y nuestro hijo cerca, tenía todo lo que siempre había deseado.

El Lado Práctico de un Duque

Miré la rebanada de pan en mis manos, frunciendo el ceño mientras intentaba recordar cómo tostarla sobre las llamas sin reducirla a cenizas. No estaba precisamente acostumbrado a preparar comidas—ni nada, en realidad—con mis propias manos. Pero aquí estaba, decidido a preparar la cena para mi esposa e hijo, intentando manejarme como si hubiera sido un leñador toda mi vida. Adelaide había encontrado el pan en la cocina de la cabaña, probablemente horneado esa misma mañana, y me había propuesto aprovecharlo.

Ensarté la rebanada en un tenedor de metal, inclinándola cuidadosamente sobre el fuego. Casi de inmediato, las llamas lamieron el borde del pan con demasiada fuerza, quemando los extremos. Retrocedí de golpe, murmurando entre dientes mientras intentaba estabilizar mi agarre, decidido a que esta rebanada no terminara como las otras que ya había arruinado.

Louis estaba sentado a mi lado en el suelo, envuelto en una gruesa manta que había logrado acomodarle, aunque parecía más un capullo que una manta por la forma en que lo había envuelto. Me observaba con una mezcla de fascinación, diversión y asombro.

—¡Papá, estás cocinando! —susurró, sus ojos bien abiertos.

—Sí, bueno... intentándolo —respondí, lanzándole una sonrisa resignada—. Esperemos que esta salga mejor que la anterior.

Louis soltó una risita, y no pude evitar reír con él. Aquí estaba yo, un duque torpe con un trozo de pan, pero de alguna manera, este momento nunca había sido tan significativo. No se trataba solo de preparar algo para comer, sino de crear algo para mi familia, algo sencillo y real.

Ajusté el pan sobre el fuego, casi dejándolo caer de nuevo mientras intentaba encontrar un equilibrio entre “perfectamente tostado” y “un desastre carbonizado”. Junto a mí, escuché a Adelaide contener una risa, y al girarme, la vi observándome con los ojos brillando de diversión.

—Parece que te divierte bastante —dije, arqueando una ceja mientras luchaba por mantener el control sobre el pan.

—Mucho —respondió, recostándose en su silla con una ligera sonrisa burlona en los labios—. No es común verte lidiar con algo menos elegante que una pluma o una fusta.

Resoplé, aunque no podía negar la verdad en sus palabras.

—Te aseguro que tostar pan sobre una llama abierta es una tarea mucho más desafiante de lo que parece.

—Oh, no lo dudo —replicó, su sonrisa ampliándose mientras cruzaba los brazos y se acomodaba para mirar.

Bajé la vista al pan de nuevo, murmurando una suave plegaria mientras lo inclinaba con cuidado, dejándolo sobre el fuego unos momentos. Parecía ir bien... hasta que percibí el inconfundible olor a quemado.

—¡Rayos! —murmuré, sacando el pan de inmediato para inspeccionar los bordes ennegrecidos. Louis dejó escapar un pequeño jadeo, mirando el pan con una mezcla de horror y asombro.

—¿Se supone que debe estar negro, papá? —preguntó con inocencia.

Suspiré, mirando la tostada chamuscada con una mezcla de frustración y diversión.

—No exactamente, hijo —respondí con una sonrisa avergonzada—. Pero no te preocupes. Lo resolveré tarde o temprano.

Sentí la mirada de Adelaide sobre mí, y al volverme hacia ella, vi una calidez en su expresión que hizo que mi corazón diera un vuelco. No se estaba riendo de mí, no de verdad. Más bien, parecía conmovida, como si este pequeño esfuerzo significara más para ella que cualquier gesto grandioso.

—Déjame intentarlo otra vez —dije, decidido, colocando cuidadosamente otra rebanada de pan en el tenedor. Louis me observó con atención, su pequeña boca formando una “O” mientras sostenía la respiración.

—Vamos, papá —susurró, como si su ánimo pudiera evitar que el pan se quemara.

Esta vez, logré retirar el pan justo cuando comenzó a dorarse, y sentí una oleada de triunfo.

—Ahí está —dije con orgullo, levantando la tostada para inspeccionarla.

El rostro de Louis se iluminó, sus ojos brillando de emoción.

—¡Lo hiciste, papá!

—Así es —respondí, sintiendo una extraña satisfacción por el logro. Unté cuidadosamente la tostada con mantequilla y le entregué una rebanada a Louis, observando cómo daba un mordisco y cerraba los ojos con evidente deleite. No pude evitar sentirme orgulloso. Solo era pan tostado, pero ver cómo lo disfrutaba hacía que todo valiera la pena.

Preparé otra rebanada para Adelaide, y al entregársela, vi esa misma calidez en sus ojos. Tomó la tostada, sus dedos rozando los míos, y sentí un cosquilleo en mi pecho por aquel gesto tan sencillo.

—Gracias, Bastian —dijo suavemente, su voz cargada de gratitud genuina. Dio un pequeño mordisco, saboreándola como si fuera el mayor de los

manjares, y sentí que mi pecho se apretaba de afecto.

—No es mucho —murmuré, casi avergonzado por la simplicidad de aquello—. Solo pan tostado. Aunque debo admitir que las primeras rebanadas fueron un desastre total.

—Pero lo hiciste tú —respondió, encontrando mi mirada—. Eso es lo que lo hace perfecto.

Sus palabras, tan sinceras, cayeron sobre mí con una calidez inesperada. Había pasado gran parte de mi vida esforzándome por ofrecer lo mejor en gestos grandiosos y elaborados, asegurándome de que nuestra vida fuera cómoda y segura. Pero aquí, en esta pequeña cabaña, con solo un fuego y unas rebanadas de pan, sentí que les estaba dando algo aún más valioso: una parte de mí mismo.

Cuando terminaron de comer, envolví a Louis en la manta nuevamente, ajustándola con más cuidado esta vez, y se acurrucó junto al fuego, luciendo como si fuera a quedarse dormido en cualquier momento. Me senté a su lado, alcanzando para asegurarlo bien en su pequeño refugio, asegurándome de que estuviera cálido y cómodo.

Adelaide me observaba, su sonrisa suave, y no pude evitar sentirme agradecido por este momento, por esta oportunidad inesperada de simplemente estar con ellos. La grandeza de nuestra vida habitual tenía su lugar, claro, pero esto... esto era diferente. Esto se sentía real, sin adornos, una parte de mí que rara vez mostraba, pero que Adelaide parecía atesorar profundamente.

Cuando me acomodé en mi silla, ella se acercó más, apoyando su cabeza en mi hombro.

—Lo hiciste bien —murmuró, su voz suave—. Te has adaptado a esta vida rústica sorprendentemente bien.

Reí, envolviendo un brazo a su alrededor y dejando escapar un suspiro contento.

—No iría tan lejos. Si no fuera por el fuego y esa vieja tetera, creo que estaría completamente perdido.

Sonrió, inclinándose para besarme en la mejilla.

—Eso lo hace aún más especial.

Apreté mi brazo alrededor de ella, apoyando mi barbilla sobre su cabeza mientras observábamos a Louis, su pequeño rostro sereno y feliz. En este entorno sencillo, rodeado por la calidez del fuego y la suavidad de su presencia junto a mí, sentí una satisfacción diferente a cualquier otra. No era el orgullo de los logros ni la seguridad de la riqueza; era una alegría humilde y tranquila, la sensación de haber hecho algo bien.

Adelaide se acomodó contra mí, y sentí cómo la tensión de nuestra vida habitual se desvanecía, dejando solo este momento: los tres juntos, seguros y cálidos, envueltos en una paz que no sabía que estaba buscando.

Los Regalos Hechos a Mano

Después de cenar, Louis, acurrucado junto a mí, miraba alternativamente a Adelaide y a mí con ojos grandes y expectantes. Sus pequeñas manos se aferraban a mi camisa, como si necesitara anclarse al calor de nuestro abrazo.

Quería que esta noche fuera memorable, que trajera un poco de espíritu navideño a pesar de nuestras circunstancias inesperadas. Una idea me vino a la mente, y miré a Adelaide con un destello de picardía en la voz.

—¿Qué te parece una pequeña tradición navideña? —sugerí, revolviendo el cabello de Louis. Su risita fue como música para mis oídos, y no pude evitar sonreír al escucharla—. Vamos a intercambiar regalos. Regalos hechos a mano.

Adelaide alzó una ceja, visiblemente intrigada, con los ojos brillando de curiosidad.

—¿Regalos hechos a mano? —preguntó, riendo suavemente, su mirada cálida mientras me observaba—. No me digas que has preparado algo hecho por ti con antelación.

—En absoluto —admití con una sonrisa, mirando a Louis, que ya estaba escaneando la habitación, tomándose esto de los regalos muy en serio. Su pequeña ceja se frunció en concentración, y lo observé mientras sus ojos se posaban en un pequeño montón de piñas y hojas que había recogido antes durante nuestro paseo afuera.

Los ojos de Louis se iluminaron y, con pasos decididos, se dirigió hacia el montón, sus piernitas moviéndose con determinación. Tomó una piña, su expresión llena de toda la seriedad que un niño de tres años podía reunir. Se acercó a Adelaide, sosteniéndola con ambas manos, su rostro brillando de orgullo.

—Mamá, esto es para ti —anunció, con una voz cargada de sinceridad.

Los ojos de Adelaide se suavizaron, y se arrodilló para recibir la piña como si fuera la gema más preciosa que hubiera visto. Cubrió sus pequeñas manos con las suyas, su mirada llena de amor.

—Oh, Louis, ¡es preciosa! Gracias —dijo, abrazándolo con fuerza—. La

guardaré para siempre.

Louis sonrió de oreja a oreja, claramente satisfecho consigo mismo, con su pequeño pecho hinchado de orgullo. Luego me miró, su carita expectante, esperando ver qué regalo le daría yo a Adelaide. Sus ojos brillaban, llenos de anticipación, y sentí que mi corazón se llenaba de amor por él, por su inocencia y la alegría que traía a nuestras vidas.

Eché un vistazo alrededor, tratando de pensar en algo, cualquier cosa, que pudiera ser significativo. Mis ojos recorrieron la habitación, deteniéndose en las modestas decoraciones y el suave resplandor de la luz del fuego. Entonces, de reojo, vi a Adelaide quitándose una cinta del cabello, sus dedos desatándola con destreza.

Levantó la cinta hacia mí, una sonrisa bailando en sus labios mientras tomaba un pequeño mechón de su cabello y lo ataba con la cinta, tal como había hecho una vez durante los primeros días de nuestro noviazgo.

—Para ti, Bastian —dijo, ofreciéndome el mechón envuelto con la cinta. Su mirada se encontró con la mía, y había un brillo en sus ojos que hizo que mi corazón se detuviera por un instante. Era un gesto que hablaba de amor, de historia, de la vida que habíamos construido juntos desde los comienzos más simples.

Extendí la mano, tomando su regalo con cuidado, sintiendo una mezcla de nostalgia y calidez que no había anticipado. Era un gesto tan sencillo, pero contenía un mundo de recuerdos, un recordatorio de la primera vez que lo había hecho, en los días tempranos de nuestro noviazgo, cuando no teníamos más que esperanza y la emoción de lo que podría venir.

—Adelaide —murmuré, girando el mechón entre mis dedos. La suavidad del cabello, la forma en que la cinta lo envolvía, hizo que mi pecho se apretara de emoción—. Lo atesoraré, como lo hice entonces. —La miré a los ojos, sintiendo una gratitud inmensa por esta vida que habíamos construido juntos—. Gracias, de verdad.

Ella sonrió, con los ojos brillantes mientras se inclinaba hacia mí, apoyando su frente contra la mía. Pude sentir la calidez de su respiración, el amor en su mirada, y su presencia llenó el espacio entre nosotros como un abrazo silencioso.

Entonces, Louis, que no quería quedarse fuera, trepó sobre mi regazo, sus pequeñas manos alcanzando las de Adelaide.

—Mamá, ¿puedo tener otro regalo? —preguntó, sus ojos grandes llenos de inocente emoción, su vocecita cargada de esperanza, como solo la de un niño podía estarlo.

Ella rió, envolviéndolo en sus brazos mientras él se acurrucaba contra su pecho, su cabecita descansando sobre ella. Los observé, mi corazón hinchándose de amor por ambos, sintiendo una sensación de plenitud que apenas podía describir. Alcancé a Louis, acariciando suavemente su espalda, su pequeño cuerpo tan cálido y blando bajo mi toque.

—Creo que ya tienes el mejor regalo, Louis —dije suavemente, mi voz cargada de emoción—. Tienes el amor de mamá y el de papá. Eso es más valioso que cualquier piña o cinta.

—Pero, papá, quiero algo más también —murmuró.

Reí, inclinándome para besarle suavemente la frente.

—¿Qué tal esto, hijo? Hoy tienes todos los abrazos de papá. Creo que es un regalo bastante bueno, ¿no crees?

Louis me miró, sus ojos llenos de curiosidad.

—No, papá. Quiero un regalo de Navidad.

—Cuando volvamos a casa, papá te dará un regalo especial. ¿Qué tipo de regalo te gustaría, hijo mío?

Los ojos de Louis brillaron de emoción mientras pensaba por un momento.

—Quizás... un dragón de juguete, papá. ¡Uno que pueda rugir!

Sonreí ante su entusiasmo y asentí.

—¿Un dragón de juguete, eh? Te prometo, hijo mío, que papá se asegurará de que consigas uno que ruja como tú quieres.

Adelaide, que había estado escuchando a mi lado, sonrió con ternura, su mirada cálida.

—Eres un padre increíble, Bastian —susurró, su voz cargada de cariño—. Y un esposo aún mejor. No podría pedir más.

Sentí que mi corazón se hinchaba ante sus palabras, y envolví mis brazos alrededor de ambos, abrazando a mi familia con fuerza. El calor del fuego, el suave ritmo de la respiración de Louis y el peso reconfortante de Adelaide contra mí hicieron que el momento se sintiera eterno.

No necesitábamos más regalos que este: el amor, la calidez, la alegría de estar aquí juntos. Era todo lo que podía pedir. Y mientras los sostenía, supe que, sin importar lo que trajera el futuro, mientras los tuviera a mi lado, tenía todo lo que necesitaba.

Una Cálida Noche en Familia

El fuego crepitaba suavemente, proyectando un resplandor cálido y titilante que llenaba la pequeña cabaña con una sensación de calma y seguridad. Afuera, la nieve seguía cayendo, cubriendo el mundo con un manto suave y silencioso. Pero aquí dentro, era como si el tiempo hubiera adoptado un ritmo tranquilo y pausado, y me sentía envuelta en un capullo de calidez y amor.

Louis estaba acurrucado entre Bastian y yo, su pequeño rostro iluminado por la luz del fuego mientras hablaba animadamente, narrando con entusiasmo cada detalle de sus “misiones” junto a Bastian.

—Y luego, mamá, papá dijo que necesitábamos más bayas para la corona — anunció Louis, su voz llena de la importancia que solo un niño puede transmitir —. ¡Pero creo que ya teníamos suficientes!

Bastian rió suavemente, su brazo descansando sobre los hombros de Louis mientras lo escuchaba con los ojos llenos de diversión.

—Creo que me emocioné un poco, ¿no? —admitió, lanzándome una mirada juguetona—. Resulta que hacer coronas es mucho más complicado de lo que parece.

Me reí, apoyándome en su hombro y sintiendo el calor de su cercanía mientras me rodeaba con su brazo.

—Bueno, creo que los dos hicieron un trabajo espléndido —dije, mirando la corona desigual que colgaba orgullosamente sobre la repisa. Puede que no estuviera perfectamente hecha, pero para mí era perfecta, un testimonio de su esfuerzo y el amor que habían puesto en cada rama y baya.

Louis sonrió con satisfacción, claramente encantado con mi elogio, y se acomodó contra el costado de Bastian, sus párpados empezando a caer de cansancio. Bastian lo miró con una sonrisa suave, revolviendo tiernamente su cabello mientras comenzaba a contarle una historia.

—¿Te he contado alguna vez —empezó, su voz baja y llena de picardía— sobre la vez que casi me atropella un ganso muy enfadado?

Tuve que contener una carcajada, llevándome la mano a la boca mientras los ojos de Louis se abrían de par en par, completamente despierto ahora,

cautivado por la historia de su padre.

—¿Un ganso? —repitió Louis, asombrado—. ¿Un ganso de verdad?

—Un ganso muy real y muy enfadado —respondió Bastian, su rostro serio, aunque sus ojos brillaban de diversión—. Fue en una de las grandes fincas, en una cacería nada menos. Estaba tranquilo en mi asunto cuando, de la nada, este ganso me miró y decidió que yo era su peor enemigo.

Louis soltó un pequeño jadeo, mirando alternativamente a Bastian y a mí con creciente emoción.

—¿Qué hiciste?

—Bueno, intenté correr, por supuesto —respondió Bastian entre risas—. Pero me persiguió por la mitad del terreno, graznando y batiendo las alas como un terrible dragón con plumas.

No pude contenerme más y estallé en risas, imaginando la escena.

—¿Tú? ¿Corriendo de un ganso? Pagaría por haberlo visto.

Bastian sonrió, claramente sin preocuparse por mis burlas.

—Oh, te aseguro que fue un espectáculo digno de ver. Mi dignidad quedó hecha pedazos al final. Los mozos de cuadra nunca me dejaron olvidarlo.

Louis se rió a carcajadas, un sonido puro y brillante que llenó la cabaña con una calidez que parecía envolvernos, como las mantas junto al fuego. Bastian siguió contando historias, algunas reales y otras tan exageradas que eran hilarantes, mientras Louis lo escuchaba, con los ojos abiertos de par en par y completamente encantado.

Mientras los observaba juntos, mi corazón se hinchó de amor y gratitud. Este era el lado de Bastian que solo Louis y yo veíamos: el hombre juguetón y de buen corazón que podía traer un mundo de calidez incluso a la noche más fría. El hombre que inventaba historias solo para hacer reír a su hijo, que se sentaba junto al fuego en una simple cabaña, luciendo más contento que en cualquier evento o reunión lujosa.

En este momento de tranquilidad, con Louis acurrucado entre nosotros y el brazo de Bastian rodeándome, sentí una paz que no sabía que me faltaba. La vida podía estar llena de ruido y responsabilidades, de títulos y deberes, pero aquí, rodeada de risas y amor, sentí que tenía todo lo que necesitaba.

—Papá —dijo Louis, mirando a Bastian con una sonrisa somnolienta— cuéntanos otra historia.

Bastian rió suavemente, pasando una mano por la cabeza de Louis.

—¿Otra? ¿Estás seguro? Pareces listo para dormirte.

Louis sacudió la cabeza, aunque sus párpados ya caían.

—No, no estoy cansado.

Intercambié una mirada divertida con Bastian, quien me devolvió una sonrisa cómplice.

—Bueno, entonces —murmuró, su voz baja y reconfortante— ¿qué tal la historia de cómo conocí a tu madre?

Los ojos de Louis se abrieron de nuevo, y una sonrisa somnolienta se

extendió por su rostro mientras se recostaba para escuchar atentamente.

—Fue en un gran baile —comenzó Bastian, su mirada encontrándose con la mía, llena de una calidez que me hizo doler el corazón—. Allí estaba ella, la mujer más hermosa del salón, riendo con sus amigas. Apenas podía respirar, era tan radiante.

Sentí que mis mejillas se calentaban mientras lo escuchaba, sus palabras llevándome de vuelta a aquella primera noche: la emoción nerviosa de verlo, la forma en que su mirada había atrapado la mía desde el otro lado del salón, haciéndome sentir como si fuera la única persona allí. No sabía entonces cuánto llegaría a significar para mí, pero mirando atrás, parecía inevitable.

—Y pensé para mí —continuó Bastian, con voz suave— que si lograba hacerla reír, tal vez, solo tal vez, me miraría.

Me miró, sus ojos suaves con el recuerdo, y sentí lágrimas asomarse en los rincones de mis ojos. Me había hecho reír esa noche, llevándome a un baile que aceleró mi corazón y me dejó sin aliento.

Louis me miró, con el asombro reflejado en su carita.

—¿Y te reíste, mamá?

Asentí, una sonrisa extendiéndose por mi rostro mientras lo miraba.

—Sí —susurré—. Y no he dejado de reír desde entonces.

La mano de Bastian se apretó suavemente alrededor de la mía, y en ese momento, sentí toda nuestra historia entre nosotros: los bailes, las risas, los momentos tranquilos, los desafíos y las victorias. Era como si, en esa pequeña cabaña, todo lo que nos había traído hasta aquí, cada giro y cada paso, hubiera convergido en este único, perfecto momento.

Louis bostezó, apoyando su cabecita contra el hombro de Bastian, su vocecita desvaneciéndose.

—Me gusta esa historia, papá.

—Me alegra que te guste, hijo mío —susurró Bastian, depositando un beso en la frente de Louis mientras empezaba a quedarse dormido, su respiración suavizándose en pequeños suspiros somnolientos.

Los ojos de Bastian se encontraron con los míos, y vi un amor en su mirada que hizo que mi corazón doliera de felicidad. Extendió la mano, atrayéndome hacia él para que los tres estuviéramos acurrucados juntos, envueltos en el calor del fuego y el amor que compartíamos.

Nos quedamos allí, observando las llamas en silencio, mientras los suaves suspiros de nuestro hijo llenaban la habitación. En ese momento, me di cuenta de que esto—esta noche tranquila en familia, esta calidez sencilla—era la forma más pura de felicidad que podría desear.

Fuera lo que nos esperara mañana, cualquier plan o sorpresa, sabía que lo enfrentaríamos juntos. Y ese conocimiento, esa certeza, me llenó de una alegría tan profunda que parecía que duraría para siempre. En silencio, agradecí a la nieve por habernos conducido aquí, a esta pequeña cabaña y a esta noche inesperada. Porque aquí, en el resplandor del fuego y el calor de su amor,

me sentí más en casa que nunca antes.

Una Revelación Inesperada

El fuego se apagaba lentamente, proyectando un resplandor tenue y titilante que envolvía la cabaña en un ambiente de calma y calidez. Afuera, el mundo permanecía cubierto de nieve, silencioso y sereno. La noche había estado llena de sorpresas, todas cuidadosamente planeadas para hacer de esta Nochebuena un momento inolvidable. Quería recrear la magia de nuestra primera noche juntos, y esta cabaña, con su calor y tranquilidad, era el escenario perfecto. Pero jamás imaginé que la mayor sorpresa de la noche sería una que Adelaide había guardado para mí.

Louis, finalmente dormido, descansaba sobre el regazo de Adelaide, su pequeño rostro relajado, con la respiración acompasada. Miré a Adelaide, y noté algo que no había percibido antes: una leve palidez en su piel, la forma en que sus párpados caían pesados, y una sutil tensión en su expresión. Parecía... cansada, más de lo que la había visto en mucho tiempo.

—Adelaide —murmuré con suavidad, tocando su mano— ¿te encuentras bien?

Ella me ofreció una pequeña sonrisa, pero no logró ocultar del todo su fatiga.

—Estoy bien —respondió, aunque noté un atisbo de duda en su voz.

—¿Segura? —pregunté con más suavidad, estudiando su rostro, notando de nuevo esa palidez y un leve asomo de malestar que no pudo disimular—. Pareces algo pálida, amor. ¿Hay algo que pueda hacer?

Dudó por un momento, su mirada bajando hacia Louis antes de volver a encontrarse con la mía. Sus ojos se suavizaron, y finalmente dejó escapar un pequeño suspiro.

—Estoy... solo un poco cansada, Bastian —admitió, su voz apenas un susurro—. Hay una razón para ello.

Fruncí el ceño, una mezcla de curiosidad y una leve inquietud comenzando a instalarse en mí.

—¿Una razón?

Ella respiró hondo, sus dedos acariciando suavemente los rizos de Louis

mientras él se acurrucaba más cerca.

—Estoy... estoy embarazada, Bastian.

Las palabras flotaron en el aire, envolviéndonos como el calor del fuego, y sentí cómo una oleada de alegría desbordante se apoderaba de mi pecho. **Embarazada.** Mi mente se llenó de esta nueva realidad, y una sonrisa se dibujó en mi rostro antes de que pudiera contenerla.

—Adelaide —susurré, tomando su mano con cuidado—. ¿Otro hijo?

Ella asintió, sus ojos brillando, aunque también podía notar en su rostro los rastros de agotamiento.

—Adelaide —dije, mi voz cargada tanto de emoción como de preocupación

— ¿por qué no me lo dijiste antes?

Una ligera sonrisa curvó sus labios.

—Quería que fuera una sorpresa de Navidad.

Solté una carcajada, mi corazón hinchándose de felicidad mientras la miraba.

—Oh, vaya que lo es —respondí, sintiéndome como si hubiera recibido el mayor regalo de todos. Todos los planes que había hecho, todas las sorpresas que había preparado para ella, palidecían ante esto. Ella me había dado un regalo que ni siquiera me había atrevido a soñar: una nueva vida creciendo dentro de ella.

Adelaide sonrió, sus ojos chispeantes mientras preguntaba suavemente:

—¿Te gusta tu regalo, Bastian?

Extendí la mano, colocándola con ternura sobre su vientre y acariciándolo suavemente.

—Me encanta —murmuré, con la voz cargada de emoción—. Un bebé como regalo... Es tan inesperado, y el mejor que podría recibir. Me has dado la sorpresa más maravillosa, mi amor.

Pero incluso mientras mi mano descansaba en su vientre, sintiendo la emoción de esta noticia, una preocupación empezó a aparecer. Estábamos lejos de casa, en una cabaña aislada, sin médico, sin más recursos que lo esencial. Casi sin pensarlo, llevé mi mano a su frente, presionándola con suavidad contra su piel.

—¿Estás segura de que te sientes bien? —murmuré, recordando lo enferma que había estado durante su primer embarazo con Louis, cuando una fiebre nos había mantenido al borde del abismo durante días.

Ella rió suavemente, cubriendo mi mano con la suya.

—No tengo fiebre, Bastian. De verdad me siento bien.

Intenté relajarme, asintiendo despacio, pero no pude evitar que la preocupación permaneciera. Me levanté, cogí una manta extra del rincón de la habitación y volví a su lado, colocándola con cuidado sobre sus hombros.

—¿Tienes suficiente calor? —pregunté, mi voz teñida de inquietud.

Adelaide me miró, sus ojos suavizándose al ver la preocupación grabada en mi rostro. Extendió la mano, tocando mi brazo, y su sonrisa estaba llena de

calidez.

—Bastian, estoy bien —repitió con suavidad—. No necesitas preocuparte tanto por mí. Estaremos bien, te lo prometo.

Solté un largo suspiro, aún sin estar del todo convencido.

—¿Estás segura? Con Louis estabas tan enferma... No dejaré que vuelva a pasar si hay algo que pueda hacer.

Su sonrisa se suavizó aún más mientras me miraba, su pulgar acariciando con ternura mis nudillos.

—Estoy bien, mi amor. Me siento perfectamente, solo... cansada.

Louis, que se removió en su regazo, dejó escapar un pequeño gemido, agarrándose a su manga mientras intentaba acomodarse para seguir durmiendo. Me incliné hacia adelante y lo levanté con cuidado de su regazo, colocándolo en el mío. Abrió los ojos, frunciendo el ceño al darse cuenta de que ya no estaba acurrucado contra su madre.

—Papá —murmuró, moviéndose inquieto, sus pequeñas manos alcanzando de nuevo a Adelaide—. Quiero a mamá.

—Aquí está —le susurré, rodeándolo con un brazo mientras intentaba convencerlo de quedarse conmigo—. Puedes dormir aquí, Louis. Estarás igual de cómodo conmigo.

Frunció el ceño, tan terco como siempre, y se retorció en mi regazo, intentando regresar hacia ella.

—Pero quiero el regazo de mamá.

Adelaide reprimió una risa, lanzándome una mirada divertida mientras alternaba su mirada entre Louis y yo.

—Bastian, está acostumbrado a estar conmigo. He estado cuidándolo perfectamente, incluso antes de que tú lo supieras.

—Sí, pero ahora lo sé —repliqué con firmeza, devolviéndole la mirada—. Y eso significa que ahora soy responsable de cuidar de ti y de nuestro bebé. —Volví la mirada hacia Louis, que seguía enfurruñado, con sus pequeños brazos cruzados sobre el pecho y el ceño fruncido como solo un niño de tres años cansado puede hacer—. Vamos, Louis —le dije suavemente, depositando un beso en su cabecita—. Esta noche, serás el niño de papá. Mamá necesita descansar.

Louis me lanzó una mirada de terquedad, cargada de la gravedad de alguien mucho mayor que su corta edad. Pero conocía bien ese gesto, y después de unos segundos de resistencia, suspiró profundamente y dejó que su cabeza descansara contra mi hombro.

—Así está mejor —murmuré, acariciando suavemente su espalda mientras lo sostenía cerca. Refunfuñó un poco, todavía intentando moverse hacia Adelaide, pero sus ojos comenzaron a cerrarse lentamente hasta que finalmente se rindió, relajándose mientras volvía a dormirse.

Adelaide rió en voz baja, observándonos con una expresión divertida.

—Has conseguido convencerlo... por ahora.

—Por ahora —repetí con una sonrisa, sintiendo una ola de orgullo por haber calmado a nuestro pequeño testarudo. Me giré hacia ella, dejando que mi expresión se suavizara—. Pero lo digo en serio, Adelaide. A partir de ahora, nada de cargar cosas pesadas, nada de cansarte con este pequeño. Me aseguraré de que tú y nuestro bebé tengan todo lo que necesiten.

Ella sonrió, negando con la cabeza con un gesto lleno de ternura.

—De verdad te estás tomando esto muy en serio, ¿verdad?

—Por supuesto —respondí, con tono firme, mientras extendía mi mano para acariciar suavemente su mejilla—. No voy a correr riesgos esta vez. Si hay aunque sea la más mínima posibilidad de que...

Adelaide colocó su mano sobre la mía, apretándola con suavidad.

—Bastian, lo sé. Y te amo por ello. Pero, de verdad, me siento bien. He estado manejándolo perfectamente, incluso con Louis trepando sobre mí día y noche.

—Puede ser —admití, todavía no del todo convencido—. Pero a partir de ahora, tendrá que conformarse con trepar sobre mí.

Ella dejó escapar una risa suave, y pude ver el calor en su mirada mientras me observaba. Sus dedos comenzaron a trazar pequeños círculos en el dorso de mi mano.

—Nos vas a mimar, ¿sabes?

—Bien —respondí, incapaz de contener la sonrisa que se extendía por mi rostro—. Esa es precisamente mi intención.

Un silencio cómodo se instaló entre nosotros, roto solo por el suave crepitar del fuego y la respiración tranquila de Louis mientras dormía en mi regazo. Lo sostuve con firmeza, sintiendo el pequeño y cálido peso de su cuerpo contra el mío, y miré hacia Adelaide, con el corazón rebosante de amor y orgullo.

Otro hijo. El pensamiento llenaba mi mente con una mezcla de alegría y asombro, una sensación de maravilla que me abrumaba de la misma forma que cuando sostuve a Louis por primera vez en mis brazos. Y aquí estábamos, en esta pequeña y tranquila cabaña, compartiendo este hermoso secreto. Era como si el mundo exterior hubiera desaparecido, dejando solo a los tres: esta pequeña y perfecta familia que tenía la bendición de llamar mía.

Mientras la observaba, la luz del fuego iluminando suavemente sus rasgos, sentí una oleada de gratitud por esta mujer que había transformado mi vida de formas que jamás habría imaginado. Y mientras me sentaba allí, sosteniendo a nuestro hijo y contemplando el futuro que crecía dentro de ella, supe que haría todo lo que estuviera en mi poder para mantenerlos seguros y felices.

—Adelaide —susurré, mi voz suave mientras extendía mi mano para tomar la suya—. Gracias... por todo. Por esta vida, por nuestra familia. Por todo.

Ella sonrió, entrelazando sus dedos con los míos mientras se inclinaba hacia adelante, presionando un suave beso en mis nudillos.

—Gracias a ti, Bastian. Por amarnos tan bien.

En ese momento de quietud, rodeados por el calor del fuego y el suave ritmo

de la respiración de Louis, sentí una paz que nunca antes había conocido. Estábamos aislados, lejos de las comodidades del hogar, sin nadie más que nosotros. Pero de alguna manera, nunca me había sentido más completo.

Mientras la miraba a los ojos, supe, más allá de cualquier duda, que este era mi lugar.

Una Promesa Junto al Fuego

Cuando Louis se quedó profundamente dormido, lo levanté con cuidado, su pequeña cabeza descansando suavemente contra mi hombro. Lo acuné con un brazo mientras con el otro me apoyaba para ponerme de pie, sintiendo en mi pecho una ternura indescriptible por este pequeño ser que se había convertido en el centro de nuestro mundo. Emitió un suave sonido, un suspiro de satisfacción, mientras lo colocaba en la pequeña cama que habíamos preparado junto al fuego. Me arrodillé, arropándolo con cuidado, asegurándome de que las mantas estuvieran lo suficientemente ajustadas para mantenerlo caliente, pero no tanto como para incomodarlo. Su carita relajada mostraba una paz absoluta, con los labios entreabiertos y su respiración suave y regular. Una oleada de amor y protección me invadió el pecho, un sentimiento tan puro que casi dolía.

Me levanté lentamente, cuidando no hacer ruido que pudiera perturbar sus sueños, y regresé al lado del fuego. El calor del hogar llenaba la pequeña habitación, envolviéndome en un capullo de confort. Me acomodé en el desgastado sillón frente a la chimenea, cuyo cojín ofrecía justo el nivel adecuado de suavidad, y extendí el brazo hacia Adelaide, rodeando su cintura y tirando suavemente de ella para que se sentara en mi regazo. Ella se acurrucó contra mí, su calidez encajando perfectamente, con la cabeza descansando en mi hombro como si hubiera sido hecha para estar allí. El peso de su cuerpo me daba una sensación de tranquilidad, anclándome en el momento, mientras su fragancia familiar se mezclaba con el aroma terroso del humo del fuego.

El silencio entre nosotros no estaba vacío; estaba lleno: de amor, de confianza, de entendimiento. Observábamos las llamas parpadear y bailar, la leña chisporroteando mientras las brasas naranjas y amarillas se movían suavemente. Mi mano se movió casi por instinto hacia su vientre, descansando allí con delicadeza. Mis dedos trazaron el leve abultamiento, apenas perceptible para cualquiera que no estuviera tan cerca de ella como yo. Pero para mí, lo era todo. Un destello de asombro se encendió dentro de mí, una sensación de maravilla que apenas podía describir. Sentí una oleada de protección, algo

profundo y primitivo. Quería envolver a mi familia en un escudo irrompible.

—Adelaide —murmuré, dejando que mis dedos descansaran sobre la curva de su vientre, mi voz apenas más alta que el suave chisporroteo del fuego. No podía evitar notar cuánto había cambiado su figura, cómo parecía aún más radiante—. ¿Cuánto tiempo llevas sabiendo?

Ella colocó su mano sobre la mía, entrelazando nuestros dedos, su toque cálido y lleno de tranquilidad. Levantó la mirada hacia mí, sus ojos reflejando la luz tenue de las llamas.

—Hace unas semanas —susurró, con una sonrisa suave curvando sus labios—. Estoy de casi tres meses.

Tres meses. De alguna manera, incluso viviendo tan entrelazados día a día, había logrado no darme cuenta. Mi pulgar se movió suavemente sobre la pequeña curva de su vientre, y la sensación me llenó de asombro.

—Tres meses —repetí, mi voz impregnada de sorpresa y un leve matiz de culpa por no haberlo notado antes—. Y no has estado enferma, al menos no como lo estuviste con Louis.

Ella asintió, su expresión reflejando alivio.

—Yo también estoy sorprendida —admitió—. Me he sentido algo mareada, pero no ha sido tan abrumador como la última vez. Solo me siento mucho más cansada. —Rió suavemente, un sonido que calentó mi corazón, mientras sus ojos se arrugaban en las comisuras—. Algunos días siento que podría dormir todo el día.

Exhalé lentamente, dejando que mi preocupación se desvaneciera, agradecido de que esta vez fuera más fácil para ella. Presioné un beso en su cabello.

—Me alegra que haya sido más llevadero, pero prométeme que descansarás. Todo lo que necesites. Yo me ocuparé de todo lo demás.

Ella rió de nuevo, una melodía que hizo que todo a nuestro alrededor pareciera más ligero. Apoyó la cabeza contra mi pecho, su voz bromista pero llena de cariño.

—Oh, Bastian, sé que lo harás. Siempre lo haces.

Mi mirada se suavizó mientras mis pensamientos volvían al nacimiento de Louis. Los recuerdos de esas largas horas pasaron por mi mente: cómo había sostenido su mano, la impotencia que sentí al verla en dolor, y la increíble fuerza que había demostrado durante todo el proceso. Tragué saliva, apretándola suavemente contra mí, mi voz baja y casi reverente.

—Estaré a tu lado otra vez —prometí, mi voz cargada de emoción—. En cada momento. No te dejaré. Ni por un segundo.

Ella levantó la mirada hacia mí, sus ojos tan tiernos que hicieron que mi corazón doliera de amor. Extendió la mano y acarició mi mejilla con suavidad, su toque ligero.

—Fuiste mi ancla —dijo—. Recuerdo cómo me calmabas, cómo me ayudabas en cada instante. Nunca me sentí sola porque tú estabas ahí.

Hizo una pausa, su expresión volviéndose juguetona, un brillo travieso iluminando sus ojos.

—Dicen que el segundo parto es más fácil —añadió con una nota de picardía en la voz—. Tal vez te dé cinco más.

Mi corazón dio un vuelco, y no pude evitar reír, el sonido una mezcla de sorpresa y afecto.

—¿Cinco? —Sacudí la cabeza, mi voz rebosante de diversión—. Con dos será más que suficiente, muchas gracias.

Ella sonrió, sus ojos brillando mientras se inclinaba más cerca.

—Bueno, entonces tal vez deberías controlarte, o podríamos acabar esperando más de lo que imaginabas.

Solté una carcajada, inclinándome para besar su frente.

—No creo que funcione así, amor —respondí con voz afectuosa—. El entusiasmo no garantiza más hijos.

Ella volvió a reír, y su risa me envolvió como una manta cálida. Su mirada se suavizó, y en ella encontré un entendimiento, un calor compartido que hablaba de la vida que habíamos construido juntos, de una confianza que iba más allá de las palabras.

Apoyó su mano sobre la mía, entrelazando nuestros dedos, y pude sentir el constante y reconfortante latido de su pulso bajo mi toque.

La habitación se sumió de nuevo en el silencio, un silencio lleno de nuestro amor y de la promesa compartida. Me incliné hacia ella, tomando su rostro suavemente entre mis manos, y la besé. Fue un beso que contenía todo lo que no podía expresar con palabras: devoción, lealtad, sueños cumplidos y un futuro que se extendía ante nosotros, lleno de luz y amor.

Con Adelaide en mis brazos, su calidez presionada contra mí y el fuego proyectando un resplandor suave a nuestro alrededor, sentí la clase de paz que solo podía encontrar con ella. La besé de nuevo, despacio, saboreándola, dejando que las últimas de mis preocupaciones se desvanecieran en la calidez del momento. Aquí, en esta pequeña habitación, con ella y nuestra creciente familia, supe que lo teníamos todo. Y en su abrazo, encontré mi hogar.

Una Historia de Amor

En los brazos de Bastian, todo lo demás se desvanecía: la tormenta de nieve afuera, el frío, la incertidumbre del camino que teníamos por delante. Allí, con él, solo sentía calidez, amor y una sensación de hogar que iba más allá de paredes o techos.

La voz de Bastian rompió el silencio, su tono suave, pero impregnado de ese toque de picardía que le era tan característico.

—¿Recuerdas la primera vez que nos vimos? —preguntó, con una sonrisa insinuándose en sus labios.

Me giré para mirarlo, alzando una ceja.

—Claro que sí —respondí suavemente, notando cómo mis mejillas se ruborizaban—. Aunque sospecho que tú lo recuerdas de manera diferente a como lo hago yo.

Él soltó una carcajada, acomodándose ligeramente para poder mirarme a los ojos.

—Oh, lo recuerdo perfectamente, mi amor. Cada detalle.

—Vamos, entonces —le desafié, sonriendo mientras me recostaba de nuevo contra él—. Cuéntame tu versión.

—Bueno —empezó, aclarando su garganta de ese modo exagerado que solía hacer siempre que estaba a punto de narrar una historia especialmente dramática—. Estabas borracha en la fuente, de todos los lugares posibles.

Solté un gemido, sintiendo cómo mis mejillas ardían aún más.

—¿Siempre tienes que mencionar ese detalle?

—¿Cómo no iba a hacerlo? —bromeó—. Ahí estaba yo, ocupado en mis propios asuntos, intentando escapar del bullicio del salón de baile para tomar un poco de aire fresco, ¿y qué me encuentro? Una hermosa desconocida sentada junto a la fuente, cantando suavemente para sí misma, con los zapatos abandonados a su lado. Parecías un ángel perdido.

—¿Un ángel? —me reí, rodando los ojos—. Creo que quieres decir una borracha sin remedio.

Él negó con la cabeza, sus ojos suavizándose mientras me miraba.

—No, Adelaide. Eras encantadora. Eras todo lo que no sabía que necesitaba en ese momento.

Suspiré, sonriendo a pesar de mí misma.

—¿Y luego?

—Y luego —continuó, bajando la voz— levantaste la mirada, tus ojos brillando bajo la luz de la luna, y sonreíste. Fue la sonrisa más genuina que jamás había visto. Hablamos durante lo que parecieron horas, y antes de darme cuenta, no podía imaginarme alejándome de tu lado.

Sacudí la cabeza, recordando la cualidad nebulosa y de ensueño de aquella noche.

—Y terminamos... bueno...

—Sí —dijo Bastian con una sonrisa traviesa— terminamos compartiendo cama esa noche.

Solté un gemido, cubriéndome la cara con las manos.

—Todavía no puedo creer que me escapara a la mañana siguiente.

—Lo hiciste —confirmó, con una risa en su voz— y yo desperté pensando que había soñado toda la noche. Tal vez tú olvidaste esa noche porque estabas demasiado borracha, pero yo recuerdo cada detalle.

—¿No me digas que lo disfrutaste? —le solté, entrecerrando los ojos.

Bastian aclaró suavemente su garganta.

—Un hombre normal lo habría disfrutado, y yo soy uno de esos hombres normales.

Le di un leve pellizco en el brazo.

—Deberías haberme rechazado o incluso haberme echado al suelo.

Bastian reflexionó por un momento.

—Debería haberlo hecho, pero no tuve oportunidad cuando tú me besaste.

Ya había oído esa parte, pero pensar en ello aún me hacía sentir avergonzada. Alcé la mirada hacia él, frunciendo el ceño.

—Pero, Bastian, ¿por qué estabas tan seguro de que estaba embarazada después de... ese incidente?

Él se detuvo, su sonrisa suavizándose.

—No lo sabía con certeza, Adelaide. Tal vez tenía la esperanza de que realmente estuvieras esperando a nuestro hijo.

—¿De verdad querías tener un bebé?

Bastian reflexionó por un instante. —No lo sé. Pero algo en mi corazón me decía que esa noche había cambiado todo para nosotros. No se trataba solo de pasión, sentí que había algo más, algo destinado a surgir de eso. ¿Tú no lo sentiste también?

Tragué saliva, recordando lo insistente que había sido. Me había encontrado semanas después, completamente convencido de que llevaba a su hijo, incluso cuando yo lo negaba.

—No estaba segura —susurré—. Realmente no lo sabía, pero... tú estabas tan convencido, tan inquebrantable, que empecé a creerlo también. No podía

negarlo más.

La mano de Bastian encontró la mía, entrelazando sus dedos con los míos.

—Y aunque no hubieras estado embarazada —dijo, sus ojos fijos en los míos— aún te habría querido. No por obligación, sino porque... no podía imaginar mi vida sin ti.

Las lágrimas comenzaron a acumularse en las comisuras de mis ojos, y parpadeé para apartarlas.

—Pero no lo estaba —dije suavemente, mis labios temblando con el recuerdo de esa revelación—. No estaba embarazada después de todo.

Bastian asintió, su mirada firme.

—Y no importó. Porque para entonces ya estaba perdidamente enamorado de ti.

Aparté la mirada, tratando de calmar mi respiración, abrumada por la profundidad de sus palabras.

—¿Me deseabas, incluso entonces?

—Te deseaba, Adelaide. Todo de ti. Tu testardez, tus risas, la forma en que haces que cada momento parezca una aventura. —Me acarició la mejilla, girando mi rostro hacia él—. Sigo deseándote, cada día.

Sonreí a través de las lágrimas.

—Recuerdo aquella vez en el baile. ¿Por qué actuabas de esa manera? —pregunté, con un toque de burla en mi voz.

Bastian rió suavemente, sus ojos brillando con humor.

—¿De qué manera, mi amor?

—Como si me estuvieras acechando —respondí, levantando una ceja—. Dondequiera que volteaba, ahí estabas tú: observándome desde la escalera, merodeando junto a la mesa de refrescos, incluso fingiendo estar absorto en una conversación cuando pasaba. Era como si no pudieras apartar los ojos de mí.

Él sonrió, sin rastro de vergüenza.

—Bueno, ¿puedes culparme? Eras la persona más cautivadora de todo ese salón de baile. No podía apartar la mirada, incluso si lo intentaba. Además —añadió con un guiño— solo me aseguraba de que nadie más llegara a ti antes de que yo tuviera mi oportunidad.

Rodé los ojos, aunque no pude ocultar mi sonrisa.

—Así que lo admites entonces: me estabas siguiendo.

—Prefiero llamarlo darle un empujoncito al destino —dijo, su tono juguetón, pero sus ojos sinceros—. No quería perder la oportunidad de hablar contigo. Sabía que si te dejaba escapar esa noche, lo lamentaría por el resto de mi vida.

Suspiré, mi corazón hinchándose de afecto.

—Eras implacable esa noche, pero no cambiaría nada. Estoy agradecida de que hayas sido tan decidido. Y ahora tenemos a Louis —murmuré, imaginando a nuestro pequeño, su risa iluminando cada rincón de nuestro hogar.

—Sí —susurró Bastian, con la voz cargada de emoción—. Y pronto, otro pequeño que se nos unirá.

Sonreí, mi mano descansando sobre mi creciente vientre.

—Entonces el destino fue amable con nosotros, ¿no crees? Al traernos juntos aquella noche y mantenernos aquí ahora, a pesar de todo.

Bastian se inclinó, presionando un suave beso en mi frente y luego en mis labios.

—No —dijo con ternura— el destino nos unió. Pero todo lo demás... eso fue cosa nuestra. Fue nuestro amor.

Nos quedamos en silencio por un momento, dejando que la quietud llenara el espacio entre nosotros. Afuera, la nieve caía de manera constante, bañando el mundo con un resplandor plateado, y sentí que éramos las únicas dos personas en existencia, unidas por algo profundo e irrompible.

Bastian colocó su mano sobre la mía, su toque cálido y reconfortante.

—Adelaide —murmuró, su voz una caricia suave— no lo digo lo suficiente, pero... tú eres todo para mí. Eres mi corazón, mi hogar, mi mundo. Esta vida, esta familia... es mucho más de lo que jamás soñé.

Tragué saliva, sintiendo cómo la emoción se apoderaba de mi garganta.

—Y tú eres mío —susurré, mis dedos apretándose alrededor de los suyos—. Me has dado más de lo que nunca me atreví a esperar, Bastian.

Se inclinó, sus labios rozando mi frente, mi mejilla y, finalmente, presionándose suavemente contra los míos. Era un beso que lo decía todo: amor, promesa, gratitud. Me derretí en él, dejando que cada preocupación y temor desaparecieran mientras compartíamos este momento, este espacio íntimo donde las palabras ya no eran necesarias.

Mientras me sostenía cerca, agradecí en silencio al destino, a la vida y a cada giro que nos había llevado hasta aquí. En esta pequeña y sencilla cabaña, junto al calor del fuego y la fuerza de su abrazo, me sentí como la mujer más afortunada del mundo.

Nuestra historia seguía desarrollándose y, al mirarlo a los ojos, supe que, sin importar lo que nos deparara el futuro, lo enfrentaríamos juntos, unidos por un amor que el tiempo no podía tocar.

En ese momento, comprendí que esto era más que una historia de amor: era nuestra vida, nuestro viaje y el comienzo de tantos capítulos por escribir. Y cuando se inclinó para capturar mis labios en otro tierno beso, supe que estaba exactamente donde debía estar.

Una Noche para Recordar

La cabaña estaba en silencio, envuelta en una oscuridad espesa y aterciopelada que solo se hacía más profunda a medida que avanzaba la noche. Sostenía a Adelaide cerca de mí, su cabeza apoyada en mi pecho, sus respiraciones lentas y regulares mientras se sumía en el sueño. Su calidez llenaba mis brazos, y el simple placer de tenerla conmigo—de saber que estaba a salvo y aquí, junto a mí—hacía que todo lo demás se desvaneciera.

El fuego chisporroteaba suavemente, proyectando un resplandor tenue sobre sus rasgos. Las sombras danzaban en su rostro, acentuando la suavidad de su expresión, la delicada curva de sus labios y la leve sonrisa que persistía mientras dormía. La observaba, incapaz de apartar la mirada, lleno de una reverencia que nunca pensé que podría sentir. Era mucho más de lo que jamás imaginé tener—mi amor, mi compañera, la madre de nuestro hijo y pronto de otro. Era mi mundo entero, y esa verdad nunca había sido tan palpable como en ese momento.

Me moví ligeramente, asegurándome de que la manta estuviera bien colocada alrededor de ella, para que estuviera lo suficientemente abrigada. Aparté un mechón de cabello de su rostro, mis dedos demorándose contra su mejilla. Se veía tan en paz, tan hermosa, y sentí mi corazón hincharse de amor. Incluso mientras dormía, quería asegurarme de que estuviera cómoda, de cuidarla de todas las formas posibles. Ajusté con cuidado la almohada bajo su cabeza, mis movimientos lentos y cautelosos, sin querer interrumpir su descanso.

Cerré los ojos por un momento, respirando su aroma, esa fragancia familiar que me recordaba al hogar, a la paz, a todo lo que importaba. Pensé en la noche en que nos conocimos, en el salón de baile lleno de risas y música, en esa primera mirada que me había desarmado por completo. Me había sentido atraído por ella al instante, como si hubiera lanzado algún hechizo esa noche, y ahora, años después, ese sentimiento solo era más fuerte, más seguro.

Habíamos tenido nuestros retos, nuestras subidas y bajadas. Había visto su fortaleza en tiempos difíciles, su valentía y bondad, y había aprendido de su

resiliencia. Había conocido el amor en su forma más pura, y en esta cabaña tranquila y aislada, lejos de las exigencias y formalidades de nuestro mundo, sentí que ese amor se asentaba en algo aún más profundo.

Dejé escapar un suspiro suave, mi mano trazando con delicadeza el contorno de su brazo, sintiendo la suavidad de su piel bajo mis dedos. Qué afortunado soy, pensé, maravillándome de la vida que habíamos construido juntos. Ella se había convertido en mi ancla, mi esperanza, mi razón para todo, y con cada día que pasaba, mi amor por ella solo crecía.

Mi mirada se deslizó hacia su vientre creciente, una curva que albergaba la promesa de nuestro futuro, y no pude evitar sonreír. Coloqué cuidadosamente mi mano sobre su estómago, sintiendo la suave curva bajo mi palma.

—Hola, pequeño —susurré, mi voz apenas audible sobre el crepitar del fuego—. Prometo que siempre te protegeré a ti y a tu madre. Ya eres tan amado, más de lo que podrías imaginar.

Mientras ella yacía contra mí, sus respiraciones constantes, sentí una oleada de protectividad crecer dentro de mí. Haría cualquier cosa—todo—para mantenerla a salvo, para proteger esta vida que habíamos construido juntos. Silenciosamente juré ser el esposo, el padre y el hombre que ella merecía, nunca dar por sentado su amor y atesorar cada momento que compartíamos.

Afuera, la nieve seguía cayendo, cubriendo el mundo en silencio, y sentí como si estuviéramos en nuestro propio universo, intocados por el tiempo o la distancia. Esta noche, inesperada y sin planes, se había convertido en algo mucho más valioso de lo que podría haber imaginado. Me di cuenta, mientras la sostenía, de que esta Navidad—simple e improvisada—sería uno de nuestros recuerdos más dulces, un momento que llevaríamos con nosotros durante años.

Coloqué un suave beso en su frente, susurrando palabras de amor que probablemente no escucharía, pero que sentí la necesidad de decir de todos modos.

—Te amo, Adelaide —murmuré, mi voz una promesa tranquila—. Siempre te amaré. Y nunca permitiré que nada te haga daño a ti o a nuestra familia. Eso lo juro.

Ella se movió ligeramente, su mano alcanzando mi pecho, sus dedos curvándose suavemente contra mi camisa. Incluso en sueños, respondía a mí, como si su corazón pudiera escuchar las palabras que había pronunciado.

Sonreí, cubriendo su mano con la mía, sintiendo la suave presión de su toque. La abracé un poco más cerca, saboreando la tranquilidad, la paz, la magia inconfundible de esta noche. Sabía, sin lugar a dudas, que estaba exactamente donde debía estar—con ella en mis brazos, rodeado de amor y gratitud, humillado por el regalo de esta vida que compartíamos.

A medida que el fuego se apagaba, volví a ajustar la manta a su alrededor, asegurándome de que estuviera bien abrigada. Coloqué otro beso suave en su frente, mis labios demorándose un momento más, disfrutando la cercanía.

—Duerme bien, mi amor —susurré nuevamente—. Siempre estaré aquí.

Y cuando finalmente cerré los ojos, sumiéndome en el sueño junto a ella, sentí que esta Navidad—improvisada y perfecta—me había dado algo mucho más grande de lo que podía haber imaginado. Me había dado un recordatorio del amor que compartíamos, de la vida que estábamos construyendo, y de los momentos sencillos y tranquilos que hacían que todo valiera la pena.

La Silenciosa Maravilla de la Mañana de Navidad

La primera sensación al despertar fue calidez. Capas y capas de mantas me envolvían en un capullo de comodidad que reconocí de inmediato como obra de Bastian. Sonreí con sueño, abrazando las mantas más cerca, sintiendo una felicidad casi infantil al saber que él había cuidado de que no pasara frío.

La suave luz matutina se filtraba por la pequeña ventana, bañando la cabaña en un resplandor dorado que llenaba todo con una magia especial, casi irreal, como si estuviéramos viviendo un sueño. Afuera, el viento estaba en calma, y el mundo parecía envuelto en ese silencio amortiguado que llega tras una intensa nevada—un abrazo tranquilo que cubría cada rincón.

Me estiré bajo las mantas, saboreando la tibieza y la quietud de la mañana. Podía oír la respiración constante de Bastian a mi lado, y al girar la cabeza, lo encontré observándome. Sus ojos estaban llenos de suavidad, y una sonrisa tranquila se dibujaba en sus labios, como si apenas pudiera contener el amor que sentía.

—Buenos días, amor —murmuró, su voz baja y reconfortante, como un ancla que me mantenía en casa.

—Buenos días —respondí en un susurro, extendiendo mi mano bajo las mantas para tomar la suya. Sus dedos se entrelazaron con los míos, cálidos y firmes, anclándome al momento.

—¿Dormiste bien? —preguntó, su tono cargado de esa mezcla familiar de ternura y preocupación.

Asentí, dejando que mi sonrisa se ampliara.

—Excepcionalmente bien, gracias a todas estas mantas —dije con una risa suave, mirando el montículo de cobertores que había colocado alrededor de mí.

Él sonrió, un toque de timidez cruzando su expresión.

—Tal vez exageré un poco, pero no quería que sintieras frío.

Lo miré con todo el amor reflejado en mis ojos. Había estado radiante cuando nos enteramos de que tendríamos a Louis, y sabía que sentía lo mismo por este nuevo bebé. Siempre estaba pendiente de mí, su atención

inquebrantable. Su rostro se iluminó con una felicidad serena, una sutil admiración por la vida que estábamos trayendo al mundo.

—¿Puedo? —preguntó en voz baja, señalando mi vientre. No pude evitar reír ante su dulzura.

Su mano se posó sobre mi vientre, trazando círculos suaves mientras murmuraba palabras tiernas y promesas de protección. Su ternura me dejó sin aliento; era como si hablara directamente con nuestro hijo, prometiéndole amor y cuidado con todo su ser. Después, me abrazó, presionando un beso suave en mi sien.

En ese momento, un suave ruido llegó desde el pie de la cama, seguido de un murmullo soñoliento. Louis estaba acurrucado bajo su propio montón de mantas, su pequeño rostro asomándose con los ojos aún cerrados. Parecía un pequeño bulto de calidez, completamente en paz.

Bastian soltó una risa baja, sus ojos arrugándose en las comisuras mientras observaba a nuestro hijo.

—¿Vamos afuera a ver si la tormenta ha pasado? —sugirió, con un brillo de emoción en sus ojos que lo hacía parecer un niño.

—Sí, vamos —respondí, emocionada por la idea de ver el mundo cubierto de nieve fresca. Con cuidado, despertamos a Louis, quien se frotó los ojos con sueño pero se animó rápidamente al escuchar la mención de la nieve.

Después de envolvernos en abrigos y bufandas, nos dirigimos a la puerta. Bastian la abrió, y el aire frío entró de golpe, fresco y revitalizante, llevando consigo el inconfundible aroma del invierno. Contuve la respiración al dar el primer paso afuera, observando la escena frente a nosotros.

El mundo estaba transformado. Un manto inmaculado de nieve cubría todo, liso e intacto, brillando bajo la luz matutina como si todo el paisaje hubiera sido espolvoreado con diamantes. Los árboles estaban cargados de blanco, sus ramas pesadas con la nieve fresca, y cada superficie relucía, reflejando el suave oro del sol que asomaba en el horizonte.

Louis soltó un jadeo, sus ojos llenos de asombro.

—¡Mamá, papá, mirad! ¡Es como un cuento de hadas! —dijo con una voz rebosante de alegría, tirando de la mano de Bastian para llevarlo hacia la nieve.

—Sí, lo es —dije suavemente, sintiendo un nudo formarse en mi garganta. Había algo impresionante en la quietud, en la forma en que la nieve cubría el mundo con una belleza serena. No pude evitar un estallido de gratitud—por este lugar, por este momento, por el amor de la familia a mi lado.

La mano de Bastian encontró la mía, y la apretó con suavidad. Su mirada se cruzó con la mía, reflejando un entendimiento compartido. Él también parecía cautivado por la escena, con una expresión de maravilla poco común que lo hacía parecer despreocupado, como si los pesares de su título no existieran.

Los tres avanzamos, dejando nuestras huellas en la nieve fresca. Louis vibraba de emoción, sus pequeñas botas crujían al pisar y reía cada vez que su pie se hundía en un montículo más profundo. Bastian rió con él, con esa mezcla

de orgullo paternal que siempre hacía que mi corazón se derritiera.

—Mamá, ¿podemos hacer un muñeco de nieve? —preguntó Louis, con voz pequeña y esperanzada, sus ojos llenos de anticipación.

—Claro que sí —respondí, sonriéndole—. Pero vamos a pedirle ayuda a papá, ¿de acuerdo?

Louis asintió con entusiasmo, y juntos nos pusimos manos a la obra. Bastian formó la base, rodando la nieve hasta que fue lo suficientemente grande como para sostener otra bola encima. Louis recogió piedras para los ojos y un palo para la “nariz” del muñeco. Quité mi bufanda y la até cuidadosamente alrededor de nuestro muñeco, completando el conjunto.

Louis aplaudió, sus ojos brillando de orgullo al dar un paso atrás para admirar nuestra creación.

—¡Mira, mamá! ¡Lo hicimos! ¡Hicimos un muñeco de nieve!

—Es perfecto, Louis —dije, abrazándolo con fuerza, incapaz de contener mi felicidad. Su alegría era contagiosa, y podía sentir cómo mi corazón se hinchaba de amor por mi pequeña familia.

Mientras estábamos allí, admirando nuestro trabajo, Bastian rodeó mis hombros con un brazo, atrayéndome hacia él. Presionó un beso suave en mi frente, su expresión tierna mientras me miraba. El sol de la mañana nos envolvía en su calidez, y por un momento, el tiempo pareció detenerse, permitiéndonos saborear la perfección de ese instante simple y hermoso.

—Te amo —susurró, su voz cargada de emoción.

—Yo también te amo —respondí, con un tono igualmente suave, lleno de la calidez y gratitud que sentía por él, por nuestra familia, por la vida que estábamos construyendo juntos.

El muñeco de nieve se erguía orgulloso a nuestro lado, un símbolo del amor y la alegría que llenaban nuestra pequeña familia—un recordatorio de que incluso los momentos más sencillos podían ser los más mágicos de todos.

La Travesura de la Bola de Nieve

La nieve era espesa y suave, cubriendo el suelo con un manto liso y tentador que parecía hecho para travesuras. Sin embargo, Louis no tardó ni un segundo en perturbar esa superficie perfecta. Apenas terminamos nuestro muñeco de nieve, salió corriendo unos pasos más allá, recogiendo un puñado de nieve con un brillo en los ojos que conocía demasiado bien.

—¡Papá! —gritó, su pequeña voz rebosante de alegría. Antes de que pudiera responder, lanzó una bola de nieve mal formada en mi dirección, que aterrizó con un suave golpe cerca de mis botas.

Dejé escapar un exagerado jadeo, fingiendo estar impactado.

—¡Louis! ¿Me has declarado la guerra?

Él se echó a reír, asintiendo frenéticamente.

—¡Sí, papá! ¡Batalla de nieve!

Eché un vistazo a Adelaide, que estaba cerca, con los brazos cruzados y una sonrisa divertida en el rostro. Alzó una ceja, como desafiándome a unirme. ¿Y cómo iba a decepcionarlos?

—Bueno, joven caballero —dije, agachándome para recoger un puñado de nieve y moldearlo en una bola perfecta—. ¡Prepárate!

Los ojos de Louis se abrieron de par en par, y dio unos pasos apresurados hacia atrás, con su risa resonando por el paisaje nevado mientras lanzaba la bola en su dirección. Pasó a propósito rozando su hombro, lo que hizo que soltara un chillido emocionado. Corrió a esconderse detrás del muñeco de nieve, usándolo como su “fortaleza”, mientras asomaba su cara con una sonrisa de pura alegría.

—¡Papá, fallaste! —me provocó, sus ojos brillando.

—¿Oh, crees que fallé por accidente? —respondí, acumulando una pequeña pila de bolas de nieve a mi lado.

La risa de Adelaide se dejó oír mientras nos observaba, y no pude evitar robarle una mirada. El brillo en sus ojos hacía que todo valiera la pena, y le devolví la sonrisa. No era frecuente que me permitiera bajar la guardia, pero con ellos, en este paraíso blanco, se sentía natural... liberador.

—Louis, ¿qué te parece si formamos una alianza? —propuse, guiñándole un ojo conspirador—. Podríamos atacar a mamá por sorpresa.

Los ojos de Louis se abrieron aún más, y rápidamente asintió, encantado con la idea. Corrió hacia mí tan rápido como sus pequeñas piernas se lo permitían, sus mejillas enrojecidas por la emoción. Juntos nos agachamos en la nieve, susurrando nuestra “estrategia” mientras Adelaide nos miraba, fingiendo no notar nada.

—Aquí está el plan —le susurré, inclinándome cerca—. Reuniremos tantas bolas de nieve como podamos y, a mi señal, las lanzaremos todas a mamá.

Louis asintió exageradamente, su rostro serio, aunque sus labios temblaban con risas contenidas. Comenzó a recoger nieve con sus manitas, trabajando lo más rápido que podía para formar lo que llamó “bolas de nieve tamaño papá”. Sus montones desiguales no parecían gran cosa, pero para Louis eran más que suficientes.

Cuando estuvimos “armados”, le di un asentimiento.

—¿Listo?

—¡Listo, papá! —susurró, su voz cargada de anticipación.

Me puse de pie, intentando mantener una expresión calmada y seria. Adelaide nos miró con suspicacia, su ceja arqueada mientras nos observaba.

—¿Qué están tramando ustedes dos? —preguntó, con un tono que mezclaba sospecha y diversión.

—Oh, absolutamente nada, querida —respondí, esforzándome por mantenerme serio—. Solo un padre y su hijo disfrutando de la nieve.

Entrecerró los ojos, claramente incrédula.

—¿Ah, sí?

—¡Ahora, Louis! —grité, dando la señal.

Con un grito lleno de alegría, Louis lanzó sus bolas de nieve, que en su mayoría se desmoronaron en el aire antes de llegar a Adelaide. Yo le seguí, lanzando algunas bolas cuidadosamente dirigidas hacia ella, asegurándome de que aterrizaran suavemente. Una rozó su hombro, otra cayó a sus pies, y soltó una risa sorprendida, levantando las manos en una rendición fingida.

—¿Así que esto es un motín? —dijo, inclinándose para recoger nieve, con sus ojos brillando de diversión.

Louis chilló, corriendo de vuelta hacia mí, su risa era contagiosa mientras se escondía detrás de mis piernas.

—¡Papá, protégeme!

—No temas, pequeño —respondí, agachándome para recoger más nieve—. Te cubro.

Adelaide, decidida a no quedarse atrás, rápidamente formó sus propias bolas de nieve y las lanzó hacia nosotros. Levanté las manos para “proteger” a Louis, pero una de sus bolas me golpeó en el pecho, levantando una pequeña nube de nieve en el aire.

—¿Eso es todo lo que tienes? —grité, sintiendo una rara emoción de alegría

desenfrenada mientras intercambiábamos disparos juguetones.

Los tres nos movíamos de un lado a otro en la nieve, riendo y gritando mientras nuestras bolas de nieve dejaban rastros blancos en abrigos, bufandas y sombreros. Las risitas de Louis llenaban el aire, y cada vez que veía la sonrisa de Adelaide, sentía una calidez que nada tenía que ver con el esfuerzo físico.

Eventualmente, Louis, sin aliento y con las mejillas encendidas, se dejó caer en un pequeño banco de nieve, acostándose y extendiendo los brazos como si intentara hacer un ángel de nieve.

—Mamá, papá —dijo entre jadeos, con una sonrisa de oreja a oreja— estoy... estoy cansado.

Adelaide y yo intercambiamos una mirada, riendo mientras nos uníamos a él, tumbándonos lado a lado en la nieve, mirando el cielo claro y fresco. El aire era frío y afilado, pero el sol subía lentamente, proyectando un calor suave que hacía que todo se sintiera vivo y lleno de posibilidades.

Mientras yacía allí junto a ellos, el peso del momento me envolvió. Esto lo era todo: mi mundo entero, aquí en la nieve a mi lado. El amor tranquilo que nos unía, las risas, la alegría de ver a Louis experimentar una felicidad tan pura y desbordante... era más de lo que jamás habría esperado.

Giré mi cabeza para mirar a Adelaide, y ella encontró mi mirada, sus ojos reflejando el mismo amor y gratitud que llenaban mi corazón. Extendí mi mano hacia ella, entrelazando mis dedos con los suyos, sintiendo la calidez reconfortante de su toque.

—Esto —dije en voz baja— es la mejor Navidad que podría haber imaginado.

Ella sonrió, su pulgar acariciando suavemente mis nudillos.

—Para mí también, Bastian.

Louis, al escuchar nuestras voces, se giró de lado, su carita somnolienta rompiéndose en una sonrisa mientras nos miraba.

—¿Podemos hacer esto todos los años? —preguntó, su voz llena de un sueño satisfecho.

Adelaide y yo compartimos una mirada, una promesa silenciosa pasando entre nosotros.

—Sí, Louis —dije, atrayéndolo hacia mí y besando su cabello—. Todos los años.

Nos quedamos allí un poco más, absorbiendo la tranquila maravilla de la mañana, el suave crujido de la nieve bajo nosotros, el calor gentil del sol. Y en ese momento, rodeado de las dos personas que significaban todo para mí, supe que este día, esta simple y espontánea Navidad, quedaría grabada en mi corazón para siempre.

Una Propuesta Sincera en la Nieve

A medida que el sol ascendía más alto, derramando su luz sobre la nieve inmaculada, una calidez suave se extendía por el paisaje tranquilo. La magia de la mañana parecía envolvernos, atrapándome en un momento del que no quería soltarme. La risa de Adelaide se mezclaba con la de Louis mientras se sacudían la nieve de los abrigos, y me encontré allí, de pie, simplemente observándolos. Mis dos amores, bañados en el suave resplandor del invierno, me parecían todo el mundo.

Entonces me golpeó esa certeza: qué efímeros pueden ser estos momentos, qué fácil es que el tiempo pase y los recuerdos se desvanezcan. Pero no quería que esta memoria—esta perfecta mañana navideña con Adelaide y Louis—se convirtiera solo en un dulce recuerdo guardado en mi mente. Quería que significara algo, que llevara consigo una promesa más allá de las palabras o las tradiciones. Y de repente, supe exactamente lo que necesitaba hacer.

—Adelaide —la llamé suavemente, mi voz cortando el silencio.

Se giró hacia mí, sus ojos encontrándose con los míos, la curiosidad reflejada en su rostro mientras cruzaba el terreno cubierto de nieve para acercarme a ella. Sentía mi corazón martillando en el pecho, mi pulso acelerado por una mezcla de emoción y nervios. De alguna manera, se sentía como la primera vez, ese mismo hormigueo de nerviosismo que había sentido años atrás, cuando sostuve su mano y me atreví a esperar que me eligiera.

Sin pensarlo más, me arrodillé sobre la nieve, mis ojos fijos en los suyos. Sus ojos se abrieron con sorpresa, y llevó una mano a su boca, como si entendiera lo que estaba a punto de decir incluso antes de que encontrara las palabras.

—Adelaide —comencé, mi voz firme a pesar del torrente de emociones que recorrían mi cuerpo—. Sé que te lo pedí una vez, hace años, que fueras mi esposa, mi compañera, mi corazón. Pero hoy, aquí y ahora, quiero pedírtelo de nuevo.

Ella bajó la mano, su mirada llena de calidez y amor, como si pudiera ver cada rincón de mi alma, cada pensamiento no dicho que no encontraba cómo expresar.

—Quiero que sigas siendo mi amor, mi compañera, la madre de nuestros hijos —continué, sintiendo el peso de cada palabra—. Quiero que enfrentemos juntos todos los días que vienen, que hagamos recuerdos como este, que construyamos una vida llena de momentos tan simples y hermosos como este.

Sus ojos brillaban con lágrimas contenidas, su mano temblaba ligeramente mientras la alzaba para tocar mi mejilla.

—Bastian...

—Te amo —dije, mi voz apenas un susurro—. Con todo lo que soy, con todo lo que tengo. ¿Te casarías conmigo de nuevo, Adelaide? ¿Seguirás eligiéndome, como yo siempre, siempre te elegiré a ti?

Ella sonrió, sus labios separándose mientras exhalaba un suave suspiro tembloroso. Una lágrima rodó por su mejilla, brillando a la luz de la mañana, y asintió, su voz cargada de emoción mientras respondía.

—Sí, Bastian —susurró, sus palabras impregnadas de alegría y la seguridad tranquila de que hablaba desde el corazón—. Sí, mil veces sí.

Abrumado por un amor que se sentía tan nuevo como familiar, me levanté, acercándola a mí. Ella envolvió sus brazos a mi alrededor, su cabeza apoyada en mi hombro mientras la sostenía con fuerza, sintiendo el calor de su latido a través de las capas de nuestros abrigos. Quería quedarme allí para siempre, congelar este momento en el tiempo para llevarlo conmigo, un recordatorio constante de todo lo que atesoraba.

Louis, quizá sintiendo la emoción en el aire, se acercó tambaleándose, sus pequeñas manos tirando de mi abrigo. Miré hacia abajo y vi su carita mirándonos con una mezcla de curiosidad y deleite, sus ojos inocentes moviéndose entre nosotros.

—¿Mamá, papá, os vais a casar otra vez? —preguntó, su pequeña voz llena de una seriedad que me hizo sonreír.

—Sí, Louis —respondió Adelaide, arrodillándose para acercarlo a ella, sus manos despeinando con ternura su cabello—. Tu papá acaba de pedirme que me case con él otra vez.

El rostro de Louis se iluminó con una amplia sonrisa, y aplaudió con entusiasmo.

—¿Eso significa que tendremos otra fiesta?

Reí, arrodillándome junto a ellos y abrazando a ambos.

—Quizá algún día, hijo. Pero por ahora, este momento es celebración suficiente.

Nos quedamos allí, los tres, acurrucados en la nieve, compartiendo risas y calidez mientras el sol de la mañana subía más alto, bañando el mundo a nuestro alrededor con un resplandor dorado. El aire estaba cargado de algo mágico, algo que iba más allá de la simple alegría de la festividad. Era una sensación de plenitud, de saber, en lo más profundo de mi ser, que estaba exactamente donde debía estar.

Después de un rato, incliné suavemente el rostro de Adelaide hacia mí,

mirando sus ojos, que aún brillaban con amor y risas. Lentamente, me incliné, encontrando sus labios en un beso suave y prolongado, uno que hablaba de promesas antiguas y nuevas, de un amor renovado y reafirmado.

Cuando nos separamos, la mantuve cerca, apoyando mi frente contra la suya, sintiendo que el mundo entero se había derretido, dejándonos solos en este paraíso invernal.

—Te amo —susurró ella, su voz como un aliento cálido contra mi piel.

—Y yo a ti, mi amor —respondí, con el corazón tan lleno que parecía que podría desbordarse. La atraje una vez más hacia mí, dejando que el peso de mis votos descansara cómodamente en mi corazón, sabiendo que mientras tuviera a ella y a Louis a mi lado, era el hombre más afortunado del mundo.

Tomados de la mano, nos levantamos juntos, con Louis corriendo delante de nosotros, dejando pequeñas huellas en la nieve fresca. Los tres caminamos de regreso a la cabaña, la magia de la mañana todavía brillando en el aire. Y mientras regresábamos al calor de nuestro refugio temporal, supe que esta Navidad, simple e improvisada, quedaría grabada en mi corazón para siempre.

Porque hoy, con el amor de mi vida a mi lado y las risas de nuestro hijo resonando a nuestro alrededor, comprendí que esto era más que un día festivo. Era un comienzo—otro capítulo en la historia que habíamos construido juntos, un cuento tejido con amor, risas y el lazo silencioso e irrompible que nos guiaría a través de todas las estaciones de nuestras vidas.

El Viaje a Casa

Mientras nos acomodábamos en el carruaje, una sensación de satisfacción me envolvió como una cálida manta. Bastian sostenía mi mano, y me maravillaba la reconfortante fuerza de su agarre, esa tranquila seguridad que había aprendido a valorar más con cada día que pasaba. Louis, acurrucado entre nosotros, charlaba alegremente, su pequeña voz llenando el espacio con una inocencia que hacía que mi corazón se hinchara.

Miré por la ventana mientras el carruaje comenzaba su lento camino de regreso a casa, observando cómo la cabaña se hacía más pequeña a lo lejos. Una punzada de nostalgia me invadió, aunque solo habíamos estado allí por poco tiempo. Había algo en ese pequeño lugar acogedor, en su simplicidad y en el calor que compartimos, que lo hacía sentir como un segundo hogar, un refugio mágico que nos había regalado la Navidad más inolvidable.

El paisaje cubierto de nieve se extendía a nuestro alrededor, brillando bajo el suave sol de la mañana. Mientras avanzábamos por el sendero arbolado, sentí una calma gentil lavarme el alma, y me incliné hacia Bastian, apoyando mi cabeza en su hombro. Él pasó un brazo alrededor de mí, atrayéndome hacia sí, y suspiré con satisfacción, sintiendo una profunda gratitud por él.

Tantas cosas habían cambiado desde que nos conocimos, y sin embargo, el amor entre nosotros solo se había fortalecido, tejido a través de momentos compartidos, risas, desafíos y triunfos. Este fin de semana, esta festividad inesperada, me había recordado cuán afortunada era. Había encontrado más que un esposo en Bastian: había encontrado un compañero, un amigo y un amor que solo había crecido con el tiempo.

—¿Estás cómoda? —preguntó suavemente, su voz un murmullo bajo que se mezclaba con el suave traqueteo de las ruedas del carruaje.

—Perfectamente —respondí, alzando la mirada para encontrarme con la suya—. Gracias, Bastian. Por todo.

Él alzó una ceja, una pequeña sonrisa curvando las comisuras de su boca.

—¿Todo?

—Sí —susurré, apretando su mano—. Por esta Navidad, por esa mañana

mágica en la nieve, por pedirme que me case contigo otra vez. Por todo.

Me miró con tanta calidez, sus ojos una mezcla de amor y ternura.

—No mereces menos, Adelaide —dijo, presionando un suave beso en mi frente—. Si pudiera darte el mundo, lo haría.

Mi corazón se hinchó, y me recosté contra él, sintiendo una felicidad tan profunda que casi me abrumaba.

—Esta Navidad fue perfecta, Bastian. Más de lo que jamás podría haber imaginado.

—No era lo que había planeado originalmente —admitió, su tono suave—. Pero verlos a ti y a Louis tan felices... ha hecho que esta Navidad sea mejor que cualquier cosa que pudiera haber organizado.

Extendí la mano, tomando la suya entre las mías, sintiendo la fuerza y calidez de su agarre mientras nuestros dedos se entrelazaban.

—Nos diste algo más precioso que cualquier cosa grandiosa: tiempo juntos, sin que el mundo interfiriera. Ha sido... perfecto.

—Y tú me diste un regalo precioso que nunca pensé que tendría —dijo mientras llevaba su mano a mi vientre y lo acariciaba con ternura.

—Concebir a tu hijo también es el mejor regalo de Navidad para mí, Bastian —respondí, sosteniendo su mano.

Su sonrisa se ensanchó ligeramente, una expresión de satisfacción serena cruzando su rostro. Miró por la ventana, su mirada fijándose en el paisaje que pasaba, como si también estuviera saboreando cada momento de este viaje antes de volver a nuestras vidas habituales.

Con el tiempo, Louis se quedó dormido. Bastian lo sostenía en sus brazos, el pequeño cuerpo de nuestro hijo relajado y tranquilo, con sus mejillas sonrosadas apoyadas en el hombro de su padre. Bastian lo sostenía con ese toque gentil y protector que siempre lograba hacerme sonreír, una ternura que mostraba abiertamente cuando estaba con Louis. De vez en cuando, bajaba la mirada hacia nuestro hijo dormido, y la más leve sonrisa suavizaba su rostro habitualmente sereno.

Yo me perdí en mis pensamientos, reviviendo los recuerdos de los últimos dos días como si fueran gemas preciosas, cada uno brillando más que el anterior. La cabaña había sido pequeña y sin adornos, a kilómetros de las comodidades de nuestro hogar, pero de alguna manera nos había dado una de las experiencias más hermosas de nuestras vidas. Habíamos reído, compartido historias y apreciado una cercanía que solo un lugar tan tranquilo y simple podía ofrecer.

El trayecto de regreso se sentía atemporal, con el paisaje nevado deslizándose a nuestro alrededor como un sueño. Pensé en nuestro sencillo intercambio de “regalos,” la orgullosa presentación de Louis de su piña, y la reacción de Bastian cuando le di un mechón de mi cabello, tal como en los primeros días de nuestro noviazgo. Esos pequeños momentos, tan simples pero tan preciosos, eran los que habían hecho que esta Navidad fuera

realmente inolvidable.

Me giré hacia Bastian, una chispa de curiosidad y emoción creciendo dentro de mí.

—¿Tienes más sorpresas planeadas? —pregunté, alzando una ceja con diversión.

Él sonrió, fingiendo inocencia.

—¿Yo? Pensé que ya habías tenido suficientes sorpresas por una sola festividad, mi amor.

—Oh, pero te conozco —bromeé, entrecerrando los ojos—. Siempre tienes algo bajo la manga.

Rió suavemente, apartando un mechón suelto de mi rostro y ajustando a Louis en sus brazos.

—La verdad —dijo tras un momento, con un tono reflexivo— sí tenía algo más planeado: otra sorpresa.

—¿Ah, sí? —inquirí, inclinando la cabeza, intrigada—. ¿Qué era?

Él soltó una suave risa, negando con la cabeza.

—Bueno, si la tormenta de nieve no nos hubiera retrasado, había planeado una pequeña reunión en casa. Quería que volvieras al calor de la familia y los amigos, a risas y celebración. —Hizo una pausa, luciendo casi apenado—. Pero supongo que el destino tenía otros planes.

Apreté su mano, sintiendo una oleada de amor por este hombre que había pensado en todo, que había querido hacer de esta Navidad algo tan especial como fuera posible.

—Incluso sin la reunión, esta ha sido la Navidad más hermosa que podría haber pedido.

La sonrisa suave que me dedicó tenía un toque de alivio, como si mis palabras hubieran disipado una preocupación silenciosa en su corazón. Se inclinó hacia mí, presionando un beso delicado en mi frente.

—Me alegra, Adelaide. De verdad.

Mientras continuábamos a través del paisaje invernal, no pude evitar sentir una emoción creciente dentro de mí, incluso sabiendo que no regresaríamos a una gran celebración. De alguna manera, estaba segura de que esta Navidad quedaría grabada en mi corazón para siempre, más memorable y preciosa que cualquier evento lujoso o gran festejo.

Era la belleza de lo inesperado: la calidez acogedora de la cabaña, las risas compartidas, el amor que habíamos tejido en los momentos más simples. Esta Navidad me había recordado lo que realmente importaba, el amor que nos unía, más fuerte que cualquier desafío o tormenta que pudiera venir.

Mientras me acurrucaba contra Bastian, una abrumadora sensación de gratitud llenó mi corazón, un calor que iba más allá de las palabras. Levanté la cabeza, encontrando su mirada, y sin pensarlo, me incliné hacia adelante, presionando mis labios suavemente contra los suyos. Sus ojos se suavizaron y devolvió el beso con un toque tierno, lleno de un amor que sentía eterno.

Louis, aún profundamente dormido, estaba acurrucado entre nosotros, su pequeño rostro sereno mientras dormía en el regazo de Bastian, ajeno al afecto tranquilo que llenaba el espacio. Lo sostuve en mis brazos, apoyando cuidadosamente su peso mientras me acercaba más a Bastian, saboreando la cercanía, esa sensación de unidad que parecía envolvernos.

La mano de Bastian se deslizó hacia abajo, encontrando su camino hasta mi vientre, donde nuestro pequeño descansaba. Sus dedos rozaron la curva leve, un gesto suave y protector que envió un cálido escalofrío por mi cuerpo. Mantuvo su mano allí, su toque delicado, como si hablara con la vida dentro de mí en un lenguaje que solo ellos podían entender.

Sin pronunciar palabra, miró en mis ojos, su expresión reflejando una devoción tranquila. Era como si nos dijera a mí y a nuestro hijo por nacer que siempre estaría allí, que su amor sería constante y verdadero en cada estación, cada alegría y cada desafío.

Mi corazón se llenó de emoción mientras descansaba mi mano sobre la suya, sintiendo la calidez de su toque a través de las capas de tela. Imaginé a nuestro hijo, allí dentro, sintiendo la presencia de su padre, percibiendo el amor que llenaba este pequeño e íntimo momento.

Incliné mi frente contra la suya, nuestras respiraciones mezclándose en la suave luz del carruaje.

—Nuestra familia —susurré, sintiendo una lágrima deslizarse por mi mejilla, abrumada por la belleza de todo—. No puedo esperar a la vida que viviremos juntos el resto de nuestras vidas

La mano de Bastian se apretó suavemente sobre la mía, sus ojos nunca dejaron los míos.

—Yo también, Adelaide —murmuré—. Nuestro amor... es más de lo que nunca soñé.

Nos sostuvimos en ese abrazo silencioso, con Louis durmiendo plácidamente entre nosotros y nuestro futuro acunado bajo mi corazón. El mundo pasaba afuera, pero dentro de ese pequeño espacio, estábamos envueltos en un amor que se sentía infinito, un amor que nos llevaría a través de todos los días por venir.

Una Sorpresa Navideña Después de Todo

Habían pasado varias semanas desde aquella mágica e inesperada Navidad en la cabaña, y aún sentía como si un cálido resplandor me envolviera y se negara a marcharse. Las semanas habían transcurrido, la nieve se había derretido, y ahora, mientras el invierno empezaba a retroceder, el cuidado y la dedicación de Bastian continuaban haciendo que cada día se sintiera tan especial como aquella inolvidable mañana.

Mi vientre, que apenas mostraba señales antes, ahora comenzaba a redondearse de forma evidente, un testimonio visible de la pequeña vida creciendo dentro de mí. Bastian no perdía la oportunidad de maravillarse ante este cambio, posando su mano sobre mi vientre con el mismo asombro que había mostrado en la víspera de Navidad. Y aunque mencionó que sus planes para una reunión festiva se habían visto frustrados por la tormenta de nieve, no podía imaginarme nada más grandioso que el amor que me había brindado desde entonces.

Hoy, sin embargo, Bastian me pidió que lo encontrara en el ala este de nuestra casa, una parte que rara vez usábamos. Seguí sus instrucciones, con la curiosidad creciendo mientras avanzaba por el silencioso pasillo. El aire estaba impregnado de una sutil emoción que parecía aferrarse a cada rincón, como si algo maravilloso estuviera esperando por mí a la vuelta de la esquina.

Al llegar, encontré la puerta entreabierta y la empujé suavemente para ver a Bastian de pie en el centro de la habitación, con una sonrisa serena en su rostro. A su lado estaba Louis, cuyo pequeño rostro se iluminó al verme.

—¡Mamá! —exclamó, su voz llena de entusiasmo.

La habitación había sido transformada. La luz se filtraba a través de las altas ventanas arqueadas, bañando cada rincón del espacio con un cálido resplandor dorado, y sentí que mi corazón se detenía un instante al observar lo que habían preparado.

Era un cuarto de bebé. Pero no cualquier cuarto de bebé, sino uno hermoso, pensado con cuidado y perfecto, diseñado con amor y listo para el día en que nuestro pequeño llegara.

Avancé unos pasos, mi mano moviéndose instintivamente hacia mi vientre mientras contemplaba cada detalle. Una cuna de madera estaba situada cerca de la ventana, sus bordes tallados con delicados patrones de hiedra y estrellas. Había una alfombra suave tejida en el suelo, y estantes llenos de peluches y libros encuadernados a mano. Las paredes habían sido pintadas en un tono suave y calmante, adornadas con delicadas ilustraciones de animales del bosque: ciervos, zorros y conejos jugueteando entre árboles y flores.

—Oh, Bastian... —susurré, con la voz entrecortada al voltear hacia él—. ¿Tú hiciste todo esto?

Él asintió, avanzando para tomar mis manos entre las suyas.

—Louis me ayudó mucho con esto —añadió, una sonrisa orgullosa extendiéndose por su rostro.

Louis asintió con entusiasmo, sus ojos brillando de emoción.

—¡Yo ayudé a papá a elegir los colores y los animales! —dijo con orgullo en su pequeña voz.

Me arrodillé a la altura de Louis, sonriéndole con ternura.

—Gracias, cariño —le dije, con amor en la voz—. El bebé también te da las gracias.

Froté suavemente mi vientre, y los ojos de Louis se agrandaron con curiosidad.

—¿De verdad, mamá? ¿El bebé puede decir gracias? —preguntó, su pequeño rostro lleno de asombro.

Sonreí y asentí, acariciando mi vientre con delicadeza.

—Sí, cariño. El bebé puede oírnos, y creo que sabe cuándo eres tan amable. El bebé dice gracias porque ya quiere mucho a su hermano mayor.

Los ojos de Louis se agrandaron aún más, su curiosidad creciendo.

—¿De verdad? ¿El bebé me quiere también?

Bastian sonrió, asintiendo mientras miraba a Louis.

—Por supuesto, Louis. El bebé ya sabe que eres su hermano mayor y puede sentir cuánto lo quieres. Tiene mucha suerte de tenerte, igual que nosotros.

Louis se acercó a mi lado, extendiendo su pequeña mano para tocar mi vientre con los ojos bien abiertos.

—Bebé —dijo suavemente, apoyando su mano contra la curva de mi vientre—. ¿Cuándo vendrá el bebé, mamá?

Sonreí, colocando mi mano sobre la suya y sintiendo el calor de su toque.

—Todavía falta un poco, mi amor —respondí, con el corazón hinchándose al verlo tan curioso y cariñoso.

Bastian se arrodilló junto a Louis, con esa familiar ternura en los ojos que hacía que mi corazón se desbordara.

—Estamos preparando todo para cuando llegue tu hermanito o hermanita, Louis —dijo con suavidad—. Y queríamos mostrarle a mamá cuánto la queremos a ella y al bebé.

Deslicé mis dedos sobre la madera lisa de la cuna, maravillándome ante la

intrincada artesanía.

—Es perfecto —dije suavemente, sintiendo cómo las lágrimas se acumulaban en las esquinas de mis ojos—. Ya puedo imaginarme al bebé durmiendo aquí, rodeado de tanto amor.

Bastian pasó su brazo alrededor de mí, acercándose a él, mientras Louis permanecía a mi lado, su pequeña mano todavía descansando sobre mi vientre.

—Quería que estuviera listo para cuando llegara el momento —murmuró Bastian, su voz llena de un orgullo tranquilo—. Sé que aún faltan meses, pero... quería que sintieras cuánto significa esto para mí. Cuánto significas tú para mí.

Lo miré, conmovida más allá de las palabras. No solo había creado una habitación; había creado un espacio lleno de sueños, esperanzas y amor, un lugar donde podríamos recibir a nuestro bebé con los brazos y los corazones abiertos.

Caminamos juntos por la habitación, dejando que mi mano rozara las suaves mantas sobre la cuna, el pequeño oso de peluche en la esquina, y la pequeña estantería repleta de cuentos que ya podía imaginarme leyendo en voz alta. Cada detalle era perfecto, incluido el pequeño sillón mecedor situado en la esquina junto a la ventana.

Mientras deslizaba mis dedos por el brazo de la silla, Bastian se colocó detrás de mí, rodeando mi cintura con sus brazos y descansando sus manos suavemente sobre mi vientre. Louis levantó la mirada, sus ojos grandes llenos de curiosidad, y extendió su mano nuevamente, colocándola junto a la de Bastian sobre mi vientre.

—¿El bebé está durmiendo, papá? —preguntó, su voz impregnada de asombro.

Bastian sonrió, encontrando mi mirada por encima de la cabeza de Louis.

—Sí, pequeño —respondió con suavidad—. El bebé está descansando, igual que tú lo haces por la noche. Pero muy pronto, podrás conocer a tu hermanito o hermanita.

El rostro de Louis se iluminó, una gran sonrisa se extendió por sus labios.

—No puedo esperar —dijo, con una emoción palpable. Apoyó su cabecita contra mi vientre, como si intentara escuchar al bebé en su interior. Verlo así, tan pequeño y ya lleno de amor, hizo que las lágrimas brotaran de mis ojos.

—Hay algo más —murmuró Bastian, depositando un suave beso en mi mejilla—. Mira allí, en la estantería.

Me giré, y mis ojos se posaron en una pequeña caja bellamente envuelta, colocada junto a los libros de cuentos. La alcancé, con la curiosidad despertando en mí, y desaté con cuidado el lazo, levantando la tapa para descubrir una delicada pulsera hecha a mano. Pequeñas cuentas de madera pulida y diminutos dijes de plata estaban ensartados con esmero, y al levantarla, noté que cada dije estaba grabado con una palabra.

Esperanza. Amor. Alegría. Familia.

Una lágrima resbaló por mi mejilla mientras me volvía hacia él.

—Bastian, es preciosa.

Él sonrió, tomando mi mano y deslizando la pulsera en mi muñeca.

—Cada dije representa lo que siento cada día gracias a ti —dijo con dulzura, limpiando una lágrima de mi mejilla con su pulgar—. Eres mi esperanza, mi amor, mi alegría... mi familia.

Sin poder contenerme, me incliné hacia él y lo besé con ternura, vertiendo toda mi gratitud y amor en ese simple gesto. La habitación pareció desvanecerse, dejándonos a los dos envueltos en un amor que parecía no tener límites, con la promesa de nuestro futuro rodeándonos en cada rincón.

Cuando finalmente nos separamos, apoyé mi frente contra la suya, sonriendo al sentir cómo su mano acariciaba suavemente mi vientre, un mensaje silencioso para nuestro hijo: una promesa de amor y pertenencia. Louis, aún de pie cerca, alzó los brazos para abrazarnos a ambos, rodeando mis piernas con sus pequeños brazos.

—Os quiero, mamá. Os quiero, papá. Y también quiero al bebé —dijo, con la voz amortiguada mientras hundía su carita contra mí.

—Nosotros también te queremos, cariño —susurré, con el corazón lleno. Me incliné, besando la cima de su cabecita, mientras los brazos de Bastian nos rodeaban con fuerza a ambos.

—Esto... esto es la sorpresa más hermosa que me has dado —le susurré a Bastian, mi voz cargada de emoción.

Bastian sonrió, dejando que su mano permaneciera sobre mi vientre.

—Es solo el comienzo, Adelaide —respondió, su voz llena de calidez—. Os haré un regalo mayor a ti, a Louis y a nuestro bebé.

—Lo esperaré con impaciencia, cariño.

Bastian sonrió y me besó la mejilla. —No te preocupes, la espera ha merecido la pena.

No puedo esperar a ver la vida que compartiremos con este bebé... juntos, como una familia.

Mientras permanecíamos allí, en el corazón del cuarto que él había preparado con tanto amor, con la pequeña mano de Louis aún descansando sobre mi vientre, me di cuenta de que esta Navidad, con todos sus giros y vueltas, me había dado más de lo que jamás habría podido soñar. Fue una Navidad llena de amor, risas y la mágica certeza de saber que estábamos exactamente donde debíamos estar.

Celebrando con Los Seres Queridos

La noche era perfecta. El gran salón de baile estaba iluminado por la luz parpadeante de las velas y embriagado por el aroma de la vegetación fresca que adornaba cada arco y barandilla. Había planeado esta noche durante meses y, mientras veía llegar a los invitados, cada uno maravillándose con las exuberantes decoraciones y la suave música, supe que había logrado recrear la magia de aquella primera noche en que Adelaide y yo nos conocimos. Las lámparas de araña colgaban arriba, bañando la sala con un cálido resplandor dorado, mientras guirnaldas de acebo y hiedra adornaban cada rincón, haciendo que el lugar pareciera sacado de un sueño. El aire estaba cargado de emoción y de la promesa de una velada inolvidable.

Adelaide entró al salón del brazo conmigo, su mano descansando ligeramente sobre la mía, mientras su mirada recorría el lugar con una expresión de sorpresa y deleite. A sus siete meses de embarazo, estaba radiante, con un brillo en los ojos y una calidez en la sonrisa que llenaban mi corazón de un orgullo y amor inconmensurables. Su vestido fluía a su alrededor, una suave tela de seda que realzaba su vientre creciente, y su cabello estaba recogido elegantemente, con algunos mechones sueltos enmarcando su rostro. Alzó la mirada hacia mí, con sus ojos brillando de preguntas.

—¿Qué es todo esto? —preguntó en un susurro.

Sonreí, inclinándome para depositar un suave beso en su frente.

—Una sorpresa navideña tardía, mi amor. Quería recrear la noche en que nos conocimos, pero esta vez no somos solo nosotros dos; ahora somos cuatro, con Louis aquí también. Nunca imaginé que recibiría un bebé como regalo de Navidad, pero aquí estamos, y parece el mayor milagro de todos...

Sus ojos se suavizaron, y una sonrisa se extendió por sus labios mientras contemplaba la grandeza del salón, la música y las decoraciones familiares.

—Bastian... es perfecto.

Con los invitados reunidos, llevé a Adelaide al centro del salón de baile. La música se suavizó, y coloqué una mano en su cintura mientras con la otra tomaba la suya, guiándola en un lento y elegante vals. Su mano se sentía tan

pequeña y delicada en la mía, y mientras nos movíamos, podía sentir la misma chispa entre nosotros que había existido desde el primer baile que compartimos. El recuerdo de aquella primera noche regresó con fuerza: cómo su risa llenaba el aire, cómo su sonrisa me había cautivado... y ahora, bailando con ella nuevamente, sentía que el tiempo nos había llevado de vuelta al principio.

—Gracias —murmuré, con una voz lo suficientemente baja para que solo ella pudiera oírme.

Me miró, frunciendo ligeramente el ceño.

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Por todo. —Mi mirada bajó hacia su vientre, suavemente redondeado bajo su vestido—. Por llevar a nuestro hijo, por convertirme en la madre de mis hijos, por amarme. Adelaide... me has dado más de lo que jamás podría devolver.

Una suave sonrisa asomó a sus labios mientras se inclinaba hacia mí, apretando un poco más mi mano.

—Tú me has dado lo mismo, Bastian. Más de lo que jamás pensé que fuera posible.

La sostuve cerca, dejando que la música nos envolviera, y por un momento, fue como si estuviéramos solos, las únicas dos personas en la sala. Se movía con tanta gracia, con tanta belleza natural, que me dejaba sin aliento. El calor de su cuerpo contra el mío, la forma en que sus ojos se encontraban con los míos llenos de amor... era más de lo que podría haber esperado. Mientras bailábamos, dejé que una mano descansara protectora sobre su vientre, sintiendo la suave curva bajo mi palma, un recordatorio de la vida que estábamos trayendo al mundo. Y mientras bailábamos, le susurré promesas: palabras de amor, de devoción, de una vida que pasaría a su lado, siempre.

Cuando la música se atenuó, me separé un poco, metiendo la mano en mi bolsillo. Adelaide me miró, con los ojos abiertos de curiosidad.

—Tengo algo para ti —dije, mi voz cargada de emoción.

Saqué una pequeña caja y la abrí para revelar un hermoso colgante de plata, con un delicado diseño que reflejaba la luz de las velas. Adelaide dejó escapar un suave suspiro, sus ojos brillando al verlo.

—Bastian... es precioso —susurró, con la voz temblorosa.

—Es para ti, mi amor. Un recordatorio de esta noche, de todo lo que hemos compartido y de todo lo que aún está por venir.

Desabroché la cadena y la coloqué delicadamente alrededor de su cuello, dejando que el colgante descansara justo sobre su corazón. Ella lo tocó con cuidado, sus ojos llenos de lágrimas mientras me miraba.

—Gracias —dijo, con la voz cargada de emoción—. Me encanta.

—Te amo —susurré, con la voz igualmente cargada de sentimientos—. Más cada día, Adelaide.

Sus dedos rozaron mi mejilla, su mirada llena de calidez.

—Yo también te amo, Bastian.

Seguimos bailando, perdidos en nuestro mundo, hasta que sentí un leve destello de preocupación por Adelaide. La música disminuyó, y suavemente llevé el baile a un alto. Era importante para mí que descansara y estuviera cómoda. Miré sus ojos, y ella me regaló una sonrisa tranquilizadora, pero sabía que lo mejor era que descansara.

A nuestro alrededor, familiares y amigos cercanos se habían reunido, sus ojos llenos de amor y admiración. Se acercaban uno por uno, tomando un momento para ofrecernos bendiciones y palabras amables para nuestro pequeño.

—Que este niño les traiga una felicidad y alegría infinitas —dijo cálidamente el padre de Adelaide, colocando una mano suave en mi hombro.

—Gracias, padre —respondí, con la voz cargada de emoción.

Anne dio un paso adelante después, sus ojos brillando con entusiasmo.

—¡No puedo esperar a que llegue el bebé! ¿Sabéis que voy a mimar muchísimo a este pequeñín, verdad?

Adelaide rió suavemente.

—No esperaría menos de ti —respondió, su sonrisa llena de afecto.

Era un momento que había soñado, una oportunidad para que nuestra familia compartiera la alegría que Adelaide y yo sentíamos por la vida que habíamos creado.

La madre de Adelaide se acercó entonces, con los ojos llenos de lágrimas de felicidad. Colocó una mano suavemente sobre el vientre de Adelaide, murmurando una oración por un parto seguro y saludable, sus palabras impregnadas del amor y la sabiduría de una madre. La ternura en su voz hizo que las lágrimas asomaran a mis propios ojos, y observé cómo Adelaide sonreía, cubriendo la mano de su madre con la suya en un silencioso agradecimiento.

Uno por uno, nuestros seres queridos hicieron lo mismo, añadiendo sus propias bendiciones y sus propios deseos para el hijo que estábamos a punto de traer al mundo. Podía sentir el calor de su amor rodeándonos, envolviéndonos en un capullo de esperanza y alegría.

Louis, nuestro pequeño, quien había insistido en quedarse despierto hasta tarde para la celebración, se acercó tambaleándose con una expresión de asombro en su rostro. Extendió su pequeña mano, colocándola sobre el vientre de Adelaide, y la miró con los ojos abiertos de par en par.

—¿El bebé está contento, mamá? —preguntó, su voz llena de inocencia.

Adelaide se arrodilló, con los ojos brillando de lágrimas de amor.

—Sí, cariño —respondió suavemente, con la voz cargada de emoción—. El bebé está muy contento. Y creo que tiene mucha suerte de tener un hermano mayor como tú.

Louis sonrió ampliamente, iluminando la habitación con su alegría, y se inclinó, dando un beso suave en el vientre de Adelaide.

—No puedo esperar a conocerte, bebé —susurró, y la escena hizo que mi

corazón se llenara de orgullo.

Me arrodillé junto a ellos, colocando una mano sobre el hombro de Louis y encontrando la mirada de Adelaide. El amor que sentía por mi familia era abrumador, casi imposible de contener.

Observé, sintiendo una profunda paz asentarse en mí al ver la felicidad en los ojos de Adelaide, el amor que nos rodeaba. Esto era más de lo que podría haber pedido jamás: verla ser querida, amada, celebrada por quienes más importaban.

Cuando todos hubieron dado sus bendiciones, la música volvió a sonar, y regresamos con nuestros invitados, Adelaide y yo moviéndonos entre ellos con el corazón lleno. Reímos, compartimos historias y disfrutamos del calor de la familia y los amigos, mientras sentía una gratitud inmensa por la vida que habíamos construido juntos. Louis se aferró a mi pierna, con los ojos muy abiertos mientras observaba a los adultos con fascinación, y no pude evitar levantarlo en mis brazos, dejándolo ser parte de la conversación.

A medida que avanzaba la noche, miré alrededor del salón, con el corazón rebosante de una tranquila satisfacción. Adelaide estaba a mi lado, su mano descansando sobre su vientre, con una serena sonrisa en su rostro mientras observaba a nuestros seres queridos celebrando. La alegría en sus ojos, el calor en su sonrisa... eran los momentos que más atesoraba, aquellos que me recordaban todo lo que realmente importaba.

Tomé su mano, acercándola a mí y depositando un suave beso en su frente.

—¿Eres feliz? —le pregunté en voz baja.

Ella me miró, con los ojos brillando.

—Estoy más que feliz, Bastian. Esto... todo esto es más de lo que quería..

En ese momento, rodeado de amor, risas y el calor de la familia, supe que finalmente estaba en casa.

Una Tradición Navideña en Familia

La cabaña lucía exactamente como lo había hecho un año atrás, enclavada en silencio en el paisaje cubierto de nieve, un refugio cálido en medio del frío invierno. Habíamos regresado, ahora como una familia de cuatro, y contemplarla llenó mi corazón de una dulce nostalgia. Este lugar, simple y apartado, se había convertido en el refugio especial de nuestra familia, y no podía evitar sentir que tenía su propia magia, una magia que, en muchos sentidos, había dado forma a la vida que Bastian y yo compartíamos.

Bastian llevó nuestras maletas al interior mientras yo acunaba a nuestra pequeña, su diminuto cuerpo envuelto cálidamente contra mí. Tenía solo unos meses, con facciones delicadas y suaves, y sus mejillas sonrosadas asomaban bajo su gorrito de lana. Sus ojos, grandes y curiosos, me miraban mientras le susurraba palabras cariñosas, sintiendo el mismo amor abrumador que había sentido el día que la sostuve por primera vez.

Louis, ahora un año mayor y aún más lleno de energía, pasó corriendo a mi lado y se lanzó hacia los montones de nieve con una risa alegre. Se giró, su rostro brillando de entusiasmo.

—¡Mamá! ¡Papá! ¿Podemos hacer otro muñeco de nieve?

—Por supuesto, cariño —respondí, sonriendo mientras lo veía pisotear la nieve, dejando pequeñas huellas que parecían conducir directamente a mi corazón.

Bastian se unió a mí en el umbral, con una expresión de satisfacción en el rostro mientras observaba a nuestro hijo disfrutar del paraíso invernal. Bajó la mirada hacia nuestra pequeña, que descansaba acurrucada contra mí, y extendió un dedo para acariciar suavemente su mejilla. Ella parpadeó hacia él, extendiendo su diminuta mano para alcanzar su dedo, y él rió suavemente, con una ternura paternal que hizo que mi corazón se hinchara.

—Bienvenida a nuestra tradición navideña, pequeña —susurró, con una sonrisa jugando en sus labios.

Me apoyé en él, con el corazón lleno. Esta tradición había comenzado como algo inesperado: una tormenta de nieve que nos atrapó aquí, obligándonos a

encontrar la alegría en la sencillez. Sin embargo, en ese pequeño y humilde espacio, habíamos encontrado una felicidad que no se podía comprar ni planear. Fue una Navidad llena de risas, amor y promesas que parecían más auténticas que cualquier voto pronunciado.

Al instalarnos, el acogedor calor de la cabaña nos envolvió. Bastian encendió el fuego, y pronto la habitación se llenó de su resplandor reconfortante, bañando cada rincón con una luz dorada. La cabaña estaba abastecida con una buena provisión de alimentos, camas acogedoras para nosotros e incluso un área resguardada para los sirvientes que nos acompañaban. Coloqué a nuestra hija en un cesto acolchado cercano, observando cómo su diminuto rostro se relajaba bajo el calor, sus párpados cerrándose mientras se quedaba dormida.

Louis entró corriendo desde el frío, con las mejillas rosadas por la helada, y trepó al regazo de Bastian, acurrucándose mientras ambos se calentaban junto al fuego. Bastian envolvió sus brazos alrededor de él, riendo mientras Louis le contaba con entusiasmo sus planes para hacer muñecos de nieve y deslizarse en trineo. Los observé, sintiendo cómo una profunda paz se asentaba en mi interior, una sensación de que esto, aquí y ahora, era todo lo que había soñado.

Tomé asiento a su lado y extendí mi mano para tomar la de Bastian.

—Hace un año, nunca hubiera imaginado que este lugar se convertiría en algo tan querido para nosotros —murmuré, con la voz suave de asombro.

Él sonrió, entrelazando sus dedos con los míos. —Creo que esa es la belleza de todo, ¿no? Las sorpresas inesperadas que nos da la vida... los momentos simples y perfectos que lo cambian todo.

—Y ahora es verdaderamente nuestro —añadió, con calidez en la voz—. Compré la cabaña, para nosotros, para nuestra familia. Quería que este lugar fuera nuestro para siempre.

Las lágrimas llenaron mis ojos, y lo miré, con el corazón desbordante de amor y gratitud.

—Bastian... ¿lo hiciste?

Él asintió, sus ojos suaves mientras observaba mi reacción.

—Sí, mi amor. Quería que siempre tuviéramos esto: un lugar al que podamos venir, donde nuestros hijos puedan crecer haciendo recuerdos. Un lugar que sea solo nuestro.

Nuestra hija se movió en su cesto, y me incliné para mecerla suavemente de nuevo hasta que se durmió, maravillándome con sus diminutas facciones, su inocencia, su absoluta confianza en el mundo que la rodeaba. Era tan pequeña, tan nueva, y ya había traído tanta luz a nuestras vidas.

Mientras permanecíamos allí, con el fuego crepitando suavemente y nuestros hijos cerca, sentí una oleada de gratitud por esta vida, por el amor que llenaba esta pequeña cabaña, envolviéndonos como la manta más cálida.

—¿Les contamos la historia? —preguntó Bastian, mirando a Louis con una sonrisa conspiradora—. ¿La historia de cómo comenzó esta tradición navideña?

Los ojos de Louis se agrandaron, su curiosidad despertada.

—¿Una historia, papá?

Bastian sonrió, acercándolo más.

—Sí, una historia muy especial —dijo, con calidez en la voz—. Todo comenzó con una tormenta de nieve, ¿sabes?

Mientras comenzaba a tejer el relato de aquella primera e inesperada Navidad aquí, lo escuché, riendo suavemente mientras adornaba los detalles, añadiendo toques que hacían que los ojos de Louis se abrieran aún más de asombro. Observé a Bastian, su expresión animada mientras hablaba, su alegría contagiosa, y supe que esta simple tradición era tan preciosa para él como lo era para mí.

Él atrapó mi mirada, su sonrisa suavizándose mientras extendía la mano una vez más para tomar la mía, dándole un suave apretón. Me incliné hacia él, apoyando mi cabeza en su hombro, sintiendo la paz y calidez de su presencia a mi lado. Habíamos llegado tan lejos juntos, y al mirar a nuestros hijos, supe que cada paso, cada elección, nos había llevado hasta aquí, a este momento de felicidad simple y perfecta.

La noche transcurrió entre risas y calidez. Compartimos historias, cantamos suavemente junto al fuego y nos envolvimos en el amor que llenaba cada rincón de esa acogedora habitación. Louis se quedó dormido finalmente, acurrucado contra Bastian, y tomé a nuestra hija en mis brazos, meciéndola suavemente mientras le tarareaba una canción de cuna.

El mundo exterior estaba en silencio, cubierto de nieve, pero dentro, nuestra pequeña familia estaba envuelta en un amor que parecía infinito, un amor que nos llevaría a través de todas las Navidades por venir.

Miré a Bastian, quien encontró mi mirada, y sentí ese calor familiar crecer dentro de mí, una certeza tranquila de que esto, justo aquí, era mi hogar. La cabaña, la nieve, el fuego, y sobre todo, el amor que compartíamos... era una tradición que atesoraría por todos los días de mi vida.

Mientras sostenía a mis hijos cerca, rodeada por la magia de esta celebración tranquila y sencilla, susurré una promesa silenciosa de mantener viva esta memoria, de aferrarme a la belleza de los momentos inesperados que habían dado forma a nuestra familia.

Sabía que esta tradición navideña viviría en nuestros corazones para siempre.

About the Author

Cressida Blythewood es autora de novelas románticas de la Regencia, famosa por sus cálidas y conmovedoras historias de amor que transportan a los lectores a una época de elegancia, ingenio y pasión duradera. Con un profundo afecto por la época de la Regencia, Cressida teje historias que celebran el poder del amor para superar los límites sociales, los malentendidos y las pruebas personales, al tiempo que se asegura de que sus personajes encuentren el camino hacia un final feliz.

Also by Cressida Blythewood

El duque responsabiliza a Adelaida del robo de su virginidad e insiste en que se case con él para salvar la reputación de ambos. Convencido de que puede estar embarazada de él, Bastian está decidido a forzarla a un matrimonio que nunca quiso.

A medida que los rumores se descontrolan, Adelaida se ve inmersa en las traicioneras aguas de los cotilleos de la alta sociedad, con el corazón dividido entre el miedo, el deber y el inesperado atractivo del duque. Con la escalada del escándalo y su futuro en juego, Adelaida debe decidir: ¿se rendirá a una vida dictada por el deber o lo arriesgará todo por un amor tan peligroso e impredecible como el propio duque?

